

ACOSTUMBRADOS A DIOS

LA TRAGEDIA DE
UNA GENERACIÓN
SIN ASOMBRO SANTO

OSVALDO REBOLLEDA

ACOSTUMBRADOS A DIOS



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
--------------------------	----------

PARTE I: LA PÉRDIDA DEL TEMOR SANTO

Capítulo uno:	
El temor de Dios no es terror.....	12
Capítulo dos:	
Cuando la presencia deja de incomodarnos.....	19
Capítulo tres:	
La generación que perdió el temblor.....	26
Capítulo cuatro:	
Familiaridad el veneno silencioso.....	35

PARTE II: EL ALTAR PROFANADO

Capítulo cinco:	
Del altar al escenario.....	42
Capítulo seis:	
Jugando con fuego Santo.....	49
Capítulo siete:	
Ministros sin lágrimas.....	56
Capítulo ocho:	
El espectáculo religioso.....	63

PARTE III: UNA GENERACIÓN SIN SANTIDAD

Capítulo nueve:	
Pecados que ya no avergüenzan.....	71

Capítulo diez:	
Santidad olvidada	78
Capítulo once:	
La gracia mal interpretada	85
Capítulo doce:	
El Espíritu Santo entristecido	92

PARTE IV: RECUPERANDO EL ASOMBRO SANTO

Capítulo trece:	
El principio de la sabiduría	100
Capítulo catorce:	
Una Iglesia marcada por la gloria	107
Capítulo quince:	
Acostumbrados o transformados	114
Conclusión	121
Reconocimientos	126
Sobre el autor	128



INTRODUCCIÓN

“Cuando lo santo deja de producir reverencia”

Vivimos tiempos extraños. Nunca antes hubo tanta información cristiana al alcance de las personas y, al mismo tiempo, tanta liviandad espiritual dentro de muchos sectores de la Iglesia. Nunca antes hubo tantos mensajes, tantos congresos, tantas plataformas, tantos recursos digitales y tanta exposición al contenido bíblico, pero paradójicamente, en medio de toda esta abundancia de palabras, pareciera que el corazón de muchos ha dejado de temblar delante de la presencia de Dios.

Nos encontramos frente a una generación que aprendió a hablar de gloria sin necesariamente vivir bajo el peso de ella; una generación que escucha acerca del Reino, pero que muchas veces ha perdido la conciencia de la majestad del Rey. “Ese es el gran peligro de acostumbrarse a Dios”.

Este libro nace en mi corazón por la carga que siento al visitar tantas iglesias, y ver de qué manera en muchas congregaciones, la gente es totalmente irreverente ante la exposición de la Palabra. Como maestro y comunicador deseo que la gente pueda escuchar con atención para poder aprender. Sin embargo, no me molesta que se dispersen porque soy yo el que estoy enseñando, sino porque oramos para que sea el Señor quien les hable por Su Espíritu Santo.

Antes de enseñar, siempre les pido encarecidamente a todos los hermanos que procuren prestar atención y no estar inmersos en su móvil, o charlando con otro hermano, o levantándose innecesariamente. Sin embargo, en la mayoría de los casos, veo gente charlando, riéndose, moviéndose, levantándose continuamente, sea para ir al baño o hacer otra cosa. Es muy triste, pero pareciera que no pueden estar una hora quietos y atentos por amor y respeto al Señor y Su Palabra.

La verdad es que después de tantos años de ministerio, yo puedo predicar igual en el peor de los ambientes, pero me entristece y debo confesar que me enoja un poco. Reitero: No porque me lo hagan a mí, porque yo solo cumplo con mi trabajo y luego me voy, si están atentos o no reciben nada, no es mi problema, Dios tratará con cada uno como corresponda, pero me pone muy mal que no tengamos temor reverente ante el Señor.

Lamentablemente cuando se pierde el asombro santo, inevitablemente comienza a tratarse como común todo aquello que el cielo sigue considerando sagrado. Y allí comienza una de las tragedias espirituales más profundas que pueden afectar a los hijos de Dios: “la pérdida gradual del temor de Dios”.

No estamos hablando aquí de miedo humano, de terror psicológico ni de una relación enfermiza con el Padre celestial, porque el Nuevo Pacto nos reveló el amor, la gracia

y la cercanía de Dios de una manera gloriosa por medio de Jesucristo.

Hemos sido reconciliados con el Padre, recibidos como hijos y acercados con plena confianza al trono de la gracia, tal como declara **Hebreos 4:16**. Sin embargo, esa cercanía jamás fue diseñada para producir irreverencia, sino para llevarnos a una dimensión más profunda de honra, obediencia y admiración delante de Su santidad.

La gracia verdadera nunca destruye el temor santo; lo perfecciona correctamente. El problema de muchos en este tiempo no es que hayan entendido demasiado la gracia, sino que la han interpretado fuera del carácter de Dios. Han construido una idea de amor sin gobierno, de misericordia sin santidad y de aceptación sin transformación.

Pero el Reino de Dios no funciona sobre la base de emociones humanas, sino sobre la revelación de un Rey santo que, aun siendo Padre amoroso, continúa sentado en Su trono con gloria, autoridad y dominio eterno. El mismo Dios que nos abrazó por medio de Cristo sigue siendo fuego consumidor, como afirma **Hebreos 12:29**, y el mismo Jesús que nos abrió el acceso al Padre continúa siendo ese ser glorioso que se manifiesta de manera temible en el libro de Apocalipsis.

La Iglesia necesita volver a contemplar la gloria de Dios correctamente. Necesita volver a comprender que el Evangelio no fue dado solamente para aliviar culpas, sino

para transformar vidas, establecer el gobierno del Reino en el corazón del hombre y restaurar una generación que viva bajo la autoridad del cielo. Porque donde el temor santo desaparece, el hombre inevitablemente comienza a gobernarse a sí mismo. Y cuando el hombre se convierte nuevamente en el centro, la reverencia desaparece, la santidad comienza a parecer exagerada y la obediencia es reemplazada por una espiritualidad cómoda, emocional y superficial.

El problema de esta generación no es solamente el avance del pecado visible en el mundo, sino la pérdida de sensibilidad espiritual dentro de la propia Iglesia. Hemos llegado a convivir con pecados que antes producían lágrimas y hoy apenas generan incomodidad.

Cosas que antes quebrantaban el corazón de los creyentes ahora son toleradas bajo el argumento de la modernidad, de la adaptación cultural o de una gracia mal entendida. Lentamente, el altar corre el riesgo de convertirse en escenario, el ministro en celebridad y la adoración en espectáculo. Y cuando eso sucede, el hombre puede continuar teniendo reuniones, canciones y actividad religiosa, pero sin el peso verdadero de la gloria de Dios.

El Reino nunca fue diseñado para funcionar sin reverencia. La honra es una cultura del cielo. Los ángeles cubren sus rostros delante de la santidad divina, los ancianos arrojan sus coronas delante del trono y toda la creación reconoce continuamente la majestad del Señor. Sin embargo,

en la tierra, muchos creyentes han aprendido a convivir con las cosas sagradas sin permitir que ellas transformen profundamente sus vidas.

Por eso este libro nace como un llamado urgente a despertar. No desde un espíritu religioso ni desde una crítica amarga hacia la Iglesia, sino desde una carga espiritual profunda por esta generación. El objetivo de estas páginas no es producir condenación, sino provocar reflexión, arrepentimiento y restauración. El Señor sigue llamando a Su pueblo a volver al temor santo, no como una experiencia legalista, sino como una manifestación genuina de amor, honra y sometimiento al gobierno del Reino.

Necesitamos volver a entender que Dios no vino solamente para acompañar nuestra vida; vino para gobernarla. Cristo no murió simplemente para darnos alivio emocional, sino para formar un pueblo santo, transformado y rendido completamente a Su voluntad. El Evangelio sigue siendo un llamado al arrepentimiento, a la santidad y a la transformación del corazón. Y aunque vivimos bajo la gracia gloriosa del Nuevo Pacto, esa gracia jamás fue licencia para la irreverencia, sino poder divino para vivir una vida que honre verdaderamente al Rey.

Quizás una de las señales más peligrosas de este tiempo es que muchos ya no perciben cuánto se han acostumbrado a Dios. Pueden escuchar mensajes poderosos sin quebrantarse, cantar acerca de la cruz sin conmovirse y participar de reuniones espirituales sin experimentar

transformación interior. Esa es la tragedia silenciosa de una generación sin asombro santo.

Pero todavía hay esperanza. El Espíritu Santo continúa llamando a la Iglesia a despertar. Todavía hay un remanente que anhela la presencia de Dios más que el entretenimiento religioso. Todavía hay hombres y mujeres que desean volver al altar con lágrimas sinceras, con hambre espiritual y con una profunda necesidad de vivir bajo el temor reverente del Señor.

Mi oración es que este libro no sea solamente leído, sino vivido. Que cada página pueda confrontar, despertar y llevar nuevamente al lector a contemplar la santidad de Dios con ojos limpios. Que el Espíritu Santo vuelva a producir en nosotros aquello que jamás debimos perder: el temblor santo delante de Su presencia, la reverencia genuina hacia Su gloria y el profundo asombro de caminar cada día con el Rey de reyes.

***“Enséñame, oh Señor, Tu camino;
Andaré en Tu verdad;
Unifica mi corazón para que tema Tu nombre”.***
Salmos 86:11



PARTE I

**LA PÉRDIDA
DEL TEMOR
SANTO**

Capítulo uno

EL TEMOR DE DIOS NO ES TERROR

Una de las mayores confusiones espirituales de esta generación ha sido interpretar incorrectamente el significado del temor de Dios. Durante años, algunos relacionaron el temor del Señor con una experiencia de miedo constante, como si Dios fuera un juez iracundo esperando castigar cada error humano; mientras que otros, reaccionando contra esa visión equivocada, eliminaron completamente el temor de su experiencia cristiana, construyendo una relación con Dios basada únicamente en conceptos de cercanía, aceptación y amor, pero vaciada de reverencia, honra y sometimiento. Ambas posiciones terminan alejándose del equilibrio glorioso revelado en las Escrituras y del carácter completo de Dios manifestado en Jesucristo.

El temor de Dios no es terror psicológico, ni esclavitud emocional, ni una espiritualidad gobernada por el miedo. El Nuevo Pacto dejó claramente establecido que los hijos de Dios no han recibido *“espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor”* (Romanos 8:15), porque Cristo vino

precisamente para reconciliarnos con el Padre y destruir toda separación producida por el pecado. El creyente no vive huyendo de Dios; vive acercándose confiadamente a Él por medio de la obra perfecta de la cruz. Sin embargo, esa confianza jamás anula la reverencia. La intimidad con Dios nunca fue diseñada para destruir la honra, sino para profundizarla aún más.

De hecho, cuanto más cerca está un hombre verdaderamente de Dios, mayor conciencia desarrolla de Su santidad. Las Escrituras muestran que aquellos que tuvieron encuentros genuinos con la gloria divina nunca salieron de esas experiencias con superficialidad espiritual, sino con un profundo quebranto interior. La presencia de Dios no alimenta la arrogancia humana; destruye el orgullo y coloca al hombre en la dimensión correcta delante del cielo.

Cuando Isaías contempló la gloria del Señor sentado sobre Su trono, no reaccionó con liviandad ni con excesiva confianza emocional. Aunque era profeta, al contemplar la santidad divina exclamó: ***“¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios...”*** (Isaías 6:5). El problema de Isaías no era falta de ministerio, sino exceso de conciencia delante de la gloria. Cuanto más vio a Dios, más comprendió su propia condición humana.

Algo similar ocurrió con Pedro. Después de una pesca milagrosa realizada por la palabra de Jesús, Pedro cayó de rodillas diciendo: ***“Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”*** (Lucas 5:8). La manifestación del poder

de Cristo produjo en él reverencia, no liviandad. Y cuando Juan vio al Cristo glorificado en Patmos, el mismo discípulo que había recostado su cabeza sobre el pecho de Jesús cayó como muerto delante de Él (**Apocalipsis 1:17**). Esto revela una verdad poderosa: la verdadera intimidad con Dios jamás destruye el temor santo; lo vuelve más profundo, más puro y más real.

El temor del Señor nace de una correcta revelación de quién es Dios. Por eso **Proverbios 9:10** declara: ***“El temor de Jehová es el principio de la sabiduría”***. No dice que sea el final del camino espiritual, sino el principio. Nadie puede caminar correctamente en el Reino si primero no desarrolla reverencia hacia el Rey. La sabiduría celestial no comienza en el conocimiento intelectual, sino en una actitud correcta del corazón delante de Dios. El hombre verdaderamente sabio no es solamente el que sabe muchas cosas acerca de la Biblia, sino aquel que vive consciente de la santidad, autoridad y gobierno del Señor sobre su vida.

Hoy existe mucho conocimiento, pero poco temor. Mucha información, pero poca reverencia. Y esa combinación produce creyentes emocionalmente estimulados, pero espiritualmente inmaduros. Porque el temor santo no solamente produce emociones espirituales; produce obediencia. El hombre que teme a Dios comienza a caminar diferente, hablar diferente, pensar diferente y vivir diferente. No evita el pecado solamente por miedo al castigo, sino porque comprende que fue llamado a honrar a Aquel que lo salvó.

Allí radica una diferencia fundamental entre el legalismo y el temor santo. El legalismo intenta controlar externamente al hombre mediante reglas humanas; el temor de Dios transforma internamente el corazón mediante la revelación de Su gloria. El legalismo produce apariencias; el temor santo produce integridad. El legalismo genera esclavos religiosos; el temor del Señor forma hijos obedientes que aman profundamente la voluntad del Padre.

Por eso la gracia verdadera jamás elimina el temor de Dios. Al contrario, lo establece sobre fundamentos correctos. La gracia no fue dada para banalizar la santidad divina, sino para capacitarnos sobrenaturalmente a vivir una vida digna del Reino. **Tito 2:11 y 12** lo expresa con claridad: ***“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente”***. La gracia enseña, corrige, transforma y conduce al hombre hacia una vida santa. Cuando la gracia es correctamente entendida, jamás produce irreverencia; produce gratitud, obediencia y honra.

Sin embargo, una de las tragedias de este tiempo es que muchos han construido una idea distorsionada del amor de Dios, presentándolo casi exclusivamente como un Padre tolerante que nunca confronta, nunca corrige y nunca disciplina. Pero las Escrituras muestran que el amor del Padre también disciplina, corrige y forma el carácter de Sus hijos. **Hebreos 12:6** dice: ***“Porque el Señor al que ama, disciplina”***. El problema es que una generación

acostumbrada a la comodidad emocional suele rechazar cualquier mensaje que confronte el pecado, la tibieza o la irreverencia. Y cuando desaparece la confrontación divina, el corazón comienza lentamente a endurecerse.

El temor santo actúa como una protección espiritual para la vida del creyente. José entendía esto cuando fue tentado por la esposa de Potifar y respondió: ***“¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?”*** (Génesis 39:9). Observemos que José no habló primero de consecuencias personales ni de reputación pública; habló de Dios. El temor del Señor había formado dentro de él una conciencia espiritual tan profunda que el pecado dejó de ser solamente un error moral y pasó a convertirse en una ofensa contra la santidad divina.

Ese es precisamente uno de los problemas de nuestra generación: muchos ya no ven el pecado desde la perspectiva de Dios, sino únicamente desde la conveniencia personal. Mientras algo no afecte visiblemente la reputación, la economía o las emociones, pareciera aceptable convivir con ciertas áreas ocultas de desobediencia. Pero el temor santo despierta nuevamente la conciencia espiritual y devuelve al hombre la capacidad de discernir lo que honra y lo que desagrada al Señor.

La ausencia del temor de Dios inevitablemente produce liviandad espiritual. Y la liviandad espiritual abre la puerta a una fe superficial donde el hombre continúa teniendo actividad religiosa, pero pierde sensibilidad hacia la

presencia de Dios. Allí es donde comienzan a aparecer iglesias entretenidas, mensajes cómodos y creyentes que desean los beneficios del Reino, pero sin someterse verdaderamente al gobierno del Rey. Porque cuando el temor desaparece, el hombre inevitablemente comienza a colocarse nuevamente en el centro.

El Reino de Dios no puede ser experimentado correctamente sin reverencia. Jesús enseñó a orar diciendo: ***“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”*** (Mateo 6:9). Antes de hablar del pan, de las necesidades o de las peticiones personales, el Reino establece primero la honra hacia el Padre. El cielo entero vive bajo una cultura de reverencia. Los ángeles adoran continuamente, los ancianos se postran delante del trono y toda la creación reconoce Su majestad. Resulta alarmante que muchas veces la tierra esté perdiendo el temor que el cielo jamás perdió.

Necesitamos volver urgentemente a una revelación correcta de Dios. No una visión distorsionada basada en terror religioso, pero tampoco una imagen humanizada y superficial del Padre. Necesitamos contemplar nuevamente la gloria de Cristo en toda Su plenitud: lleno de amor, pero también de santidad; cercano al pecador, pero sin tolerar el pecado; manso y humilde de corazón, pero también Rey soberano y Señor de toda la creación.

El temor santo no aleja al creyente de Dios; lo mantiene correctamente posicionado delante de Él. Produce humildad, sensibilidad espiritual, obediencia y dependencia

del Espíritu Santo. El hombre que teme al Señor no vive paralizado por el miedo, sino gobernado por la conciencia de que su vida pertenece completamente al Rey.

Y quizás allí radique una de las mayores necesidades de este tiempo: volver a una generación que no solamente hable de Dios, sino que vuelva a temblar delante de Su presencia, con amor, pero con temor reverente.

***“En el temor del Señor hay confianza segura,
Y a los hijos dará refugio.
El temor del Señor es fuente de vida,
Para evadir los lazos de la muerte.”***

Proverbios 14:26 y 27



Capítulo dos

CUANDO LA PRESENCIA DEJA DE INCOMODARNOS

Una de las señales más peligrosas del deterioro espiritual no es necesariamente el abandono visible de la fe, sino la pérdida gradual de sensibilidad hacia la presencia de Dios. El problema más profundo de una generación no siempre comienza cuando deja de asistir a la iglesia, sino cuando continúa asistiendo sin experimentar asombro, ni reverencia, ni transformación interior. Porque existe una tragedia silenciosa que muchas veces avanza lentamente en el corazón de los hermanos: la capacidad de convivir con lo santo sin ser afectado por ello.

El hombre fue creado para vivir maravillado por Dios. Desde el principio, la presencia divina fue diseñada para producir dependencia, reverencia y comunión. La gloria de Dios nunca tuvo como propósito convertirse en un elemento decorativo de la vida espiritual, sino en el centro mismo de la existencia humana. Sin embargo, el corazón del hombre posee una peligrosa tendencia a acostumbrarse incluso a aquello que debería mantenerlo continuamente quebrantado y consciente de su necesidad.

Ese fue precisamente uno de los grandes peligros que atravesó Israel a lo largo de su historia. La nación que vio abrirse el Mar Rojo, descender maná del cielo y manifestarse la gloria de Dios en medio del campamento, terminó muchas veces viviendo con dureza espiritual aun rodeada de evidencias sobrenaturales. Lo extraordinario dejó de producir impacto. La rutina espiritual fue apagando el asombro. Y cuando el asombro desaparece, la obediencia comienza lentamente a deteriorarse.

El corazón humano nunca fue diseñado para vivir correctamente sin admiración por Dios. Cuando el hombre deja de contemplar la grandeza del Señor, inevitablemente comienza a centrarse demasiado en sí mismo. Por eso el temor santo y el asombro espiritual están profundamente relacionados. Ambos nacen de una revelación viva de quién es Dios. Cuando esa revelación se debilita, la vida espiritual comienza a convertirse en una estructura externa vacía de profundidad interior.

Sansón representa uno de los ejemplos más dramáticos de este proceso. La Escritura declara en **Jueces 16:20**: ***“Pero él no sabía que Jehová ya se había apartado de él”***. Pocas frases reflejan una tragedia espiritual tan profunda como esa. Sansón todavía poseía movimientos, fuerza exterior y apariencia de normalidad, pero había perdido aquello que verdaderamente daba sentido a su vida: la presencia de Dios. Lo más alarmante es que ni siquiera lo percibió.

Ese es uno de los peligros más serios de acostumbrarse a la gloria: el hombre puede continuar desarrollando actividad espiritual mientras pierde sensibilidad hacia la presencia divina. Puede continuar predicando, cantando, sirviendo o ministrando, pero sin advertir que algo esencial comenzó a apagarse en su interior. La rutina religiosa puede mantener estructuras visibles funcionando aun cuando el corazón ya no arde como antes delante del Señor.

La presencia de Dios jamás fue diseñada para convertirse en una costumbre. Cada encuentro con Él debería mantener viva en nosotros la conciencia de Su santidad y nuestra dependencia absoluta. Moisés entendía esto profundamente cuando dijo: ***“Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”*** (Éxodo 33:15). Moisés no estaba interesado solamente en las promesas, en la tierra prometida o en las bendiciones del pacto; había comprendido que nada tenía verdadero valor sin la presencia del Señor.

Esa es precisamente una de las diferencias entre una espiritualidad superficial y una vida verdaderamente gobernada por el Reino. El hombre superficial busca beneficios; el hombre espiritual busca presencia. El superficial se conforma con actividad religiosa; el espiritual necesita comunión real con Dios. El superficial puede adaptarse a una vida cristiana vacía de gloria; el espiritual entiende que sin la presencia divina todo termina convirtiéndose en simple esfuerzo humano.

Lamentablemente, una de las tragedias de este tiempo es que muchos creyentes han aprendido a vivir sin una verdadera conciencia de la presencia de Dios. Han normalizado una fe sin profundidad, una adoración sin reverencia y una vida cristiana sostenida más por hábitos externos que por una relación viva con el Señor. Y cuando esto sucede, el alma comienza lentamente a endurecerse.

La familiaridad espiritual es peligrosa porque anestesia el corazón. El hombre escucha mensajes poderosos sin quebrantarse, canta acerca de la cruz sin conmoverse y participa de reuniones espirituales sin experimentar verdadero arrepentimiento. Poco a poco, aquello que antes producía lágrimas comienza apenas a generar emoción momentánea. Y cuando la presencia deja de impresionarnos, inevitablemente el pecado comienza a parecernos menos grave.

Por eso una de las señales más evidentes de decadencia espiritual es la pérdida de sensibilidad. El Espíritu Santo continúa hablando, pero el hombre ya no escucha con la misma atención. La Palabra continúa confrontando, pero el corazón ya no responde con el mismo quebranto.

La plataforma delantera del salón de reunión, lo que antes llamábamos “el altar” aún continúa abierto. Ahora sabemos que el altar está en nuestros corazones, pero que bueno era ver a muchos con la necesidad de correr hacia el frente, en arrepentimiento genuino. La costumbre espiritual

va creando una peligrosa ilusión de normalidad mientras el fuego interior comienza lentamente a extinguirse.

La iglesia de Éfeso atravesó algo semejante. En **Apocalipsis 2:2 al 4**, Jesús reconoce muchas virtudes de aquella congregación: trabajo, perseverancia, doctrina correcta y resistencia espiritual. Sin embargo, había un problema profundo que amenazaba todo lo demás: ***“Has dejado tu primer amor”***.

Observemos que no se trataba de una iglesia completamente apartada de Dios ni entregada abiertamente al pecado; era una iglesia activa, doctrinalmente firme y trabajadora, pero cuyo corazón había comenzado a perder pasión, sensibilidad y amor genuino por la presencia del Señor.

Ese es uno de los mayores engaños espirituales: creer que actividad es sinónimo de vida. Una persona puede mantenerse ocupada dentro de estructuras religiosas y aun así estar alejándose interiormente de la comunión verdadera con Dios. El Reino nunca fue diseñado para sostenerse únicamente sobre movimiento exterior; fue diseñado para funcionar desde una relación viva con el Rey.

Cuando la presencia deja de impresionarnos, también comenzamos a perder la conciencia de eternidad. Las cosas terrenales ocupan el centro del corazón, los asuntos espirituales pierden prioridad y el hombre empieza a vivir dominado más por estímulos temporales que por la voz del

Espíritu Santo. La oración se vuelve mecánica, la Palabra pierde profundidad y la adoración deja de ser una expresión de rendición para convertirse simplemente en una práctica habitual.

Sin embargo, el problema no es solamente emocional; es profundamente espiritual. Porque cuando el hombre deja de maravillarse de Dios, inevitablemente comienza a admirarse demasiado a sí mismo. Y allí aparece otro de los grandes males de esta generación: una espiritualidad centrada en el hombre. Mucho del evangelio moderno gira alrededor de las emociones humanas, de los deseos personales y de la búsqueda constante de satisfacción inmediata, mientras la gloria de Cristo deja de ocupar el lugar central.

Pero el Evangelio no fue dado para entretener al hombre, sino para transformarlo. La presencia de Dios no vino para adaptarse a nuestras comodidades carnales, sino para llevarnos a una vida rendida bajo el gobierno del Reino. Cada encuentro verdadero con Cristo debería producir en nosotros más humildad, más reverencia y más hambre espiritual.

Por eso el Espíritu Santo constantemente llama a la Iglesia a despertar. Dios no desea hijos acostumbrados a Su presencia, sino corazones sensibles que continúen maravillándose de Su gloria. **Jeremías 2:32** expresa el dolor del Señor diciendo: *“¿Se olvida la virgen de su atavío, o la desposada de sus joyas? Pero mi pueblo se ha olvidado de mí por innumerables días”*. El problema nunca fue

solamente externo; siempre comenzó en el interior del corazón.

Necesitamos volver urgentemente al asombro santo. Necesitamos recuperar la capacidad de detenernos delante de Dios con reverencia, de escuchar Su voz con humildad y de contemplar nuevamente la grandeza de Cristo con ojos limpios. Porque el día que la presencia deja de impresionarnos, comenzamos lentamente a sustituir la gloria por rutina, la comunión por costumbre y la vida espiritual por simple religión.

Y quizás una de las oraciones más necesarias para este tiempo sea esta: *“Señor, no permitas jamás que me acostumbre a Tu presencia”*.



Capítulo tres

LA GENERACIÓN QUE PERDIÓ EL TEMBLOR

La cultura moderna ha influido tanto sobre el pensamiento de esta generación, que incluso dentro de muchos espacios cristianos el concepto de reverencia ha comenzado a desaparecer lentamente. Se habla de éxito, de crecimiento, de bienestar, de realización personal y de experiencias espirituales emocionantes, pero cada vez se escucha menos acerca del quebranto, del arrepentimiento genuino y del temor santo delante de Dios, muchos menos sobre el temblor. Sin embargo, la Biblia lo menciona en varias ocasiones.

“Tema al Señor toda la tierra; tiemblen en su presencia todos los habitantes del mundo”.

Salmo 33:8:

Cuando una generación deja de temblar delante de la Palabra, inevitablemente comienza a endurecerse espiritualmente, y lamentablemente creo que eso es lo que ha ocurrido durante las últimas décadas.

El problema nunca comienza solamente en las conductas visibles; siempre nace primero en la pérdida de sensibilidad interior. El hombre deja de estremecerse ante aquello que antes lo confrontaba. La conciencia comienza a adaptarse lentamente a aquello que Dios llamó pecado. Lo que antes producía dolor espiritual ahora apenas genera incomodidad momentánea. Y casi sin darse cuenta, el corazón empieza a convivir con áreas de desobediencia que anteriormente hubieran provocado lágrimas, arrepentimiento y búsqueda desesperada de restauración.

La Escritura muestra claramente que Dios siempre ha buscado hombres y mujeres sensibles a Su voz. **Isaías 66:2** declara: ***“Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”***. Resulta profundamente revelador que Dios no destaque aquí talentos, influencia, capacidad intelectual ni posición espiritual visible, sino una actitud interior: temblar delante de Su Palabra. El Reino nunca fue establecido sobre la autosuficiencia humana, sino sobre corazones rendidos que reconocen la autoridad absoluta del Señor.

Temblar delante de Dios no significa vivir bajo condenación constante, sino mantener una conciencia viva de Su santidad y de nuestra dependencia absoluta de Él. Es comprender que Su voz posee autoridad eterna, que Sus palabras no son opiniones negociables y que Su voluntad continúa siendo perfecta aun cuando confronte nuestros deseos personales. El hombre que pierde esa sensibilidad

inevitablemente comienza a construir un evangelio adaptado a sí mismo.

***“Sirvan al Señor con temor;
con temblor ríndanle alabanza.”***

Salmo 2:11

Uno de los mayores peligros de esta generación, es no rechazar completamente la verdad, sino reinterpretarla de manera que no incomode demasiado la carne. Se mantiene el lenguaje cristiano, pero muchas veces se elimina el peso de la confrontación divina.

Se habla de amor sin arrepentimiento, de gracia sin transformación y de Reino sin gobierno. Pero el Evangelio predicado por Jesús jamás estuvo separado del llamado al arrepentimiento. Desde el inicio de Su ministerio proclamó: ***“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”*** (Mateo 4:17).

El Reino de Dios no vino solamente para ofrecer consuelo emocional al hombre; vino para restaurar el gobierno divino sobre la vida humana. Y donde el Rey gobierna verdaderamente, el pecado no puede ser tratado con liviandad. Sin embargo, uno de los síntomas más alarmantes de esta generación es precisamente la normalización progresiva del pecado.

Cosas que antes eran consideradas peligrosas espiritualmente hoy son justificadas, toleradas e incluso

defendidas dentro de ciertos sectores de la Iglesia. El problema no es únicamente moral; es una señal clara de que el temor de Dios se ha debilitado en muchos corazones.

Esto me enoja mucho, porque yo mismo fui durante varios años, un luchador incansable en favor del rompimiento de todo legalismo y religiosidad que había en la Iglesia. Y no me arrepiento de esos cambios que logramos, pero me enoja que algunos aprovechen esas reformas para pasarse de largo, convirtiendo la verdadera libertad en simple libertinaje.

Jeremías describió una generación semejante cuando preguntó: ***“¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza”*** (Jeremías 6:15). El pecado más grave no era solamente la práctica del mal, sino la pérdida de la capacidad de sentir vergüenza delante de él. Cuando el corazón llega a ese nivel de endurecimiento, el peligro espiritual se vuelve enorme, porque el hombre comienza a justificar aquello mismo que está destruyendo lentamente su comunión con Dios.

La conciencia humana fue diseñada por Dios como una alarma espiritual. El Espíritu Santo confronta, redarguye y llama continuamente al hombre al arrepentimiento. Pero cuando una persona insiste repetidamente en ignorar esa voz, la sensibilidad comienza a deteriorarse. Pablo habló de aquellos que tienen ***“la conciencia cauterizada”*** (1 Timoteo 4:2), una expresión profundamente gráfica que describe un

corazón que perdió sensibilidad espiritual debido a la exposición constante al pecado sin arrepentimiento genuino.

Eso es exactamente lo que está ocurriendo en gran parte de esta generación. Muchas personas todavía desean experimentar bendición, unción y prosperidad espiritual, pero sin permitir que Dios trate profundamente las áreas ocultas del corazón.

Se busca una espiritualidad cómoda que no demande demasiada renuncia ni demasiada rendición. Pero el Reino nunca fue diseñado para coexistir con un corazón dividido. Jesús no murió solamente para mejorar la conducta exterior del hombre, sino para crucificar el viejo sistema gobernado por la carne y formar una nueva creación sometida al gobierno del Espíritu Santo.

Por eso el verdadero Evangelio siempre produce confrontación interior. La luz de Cristo expone las tinieblas del corazón humano no para destruir al hombre, sino para transformarlo. Sin embargo, una generación acostumbrada al entretenimiento constante muchas veces rechaza cualquier mensaje que produzca incomodidad espiritual. Prefiere palabras motivacionales antes que verdades que llamen al arrepentimiento. Prefiere experiencias emocionales antes que procesos profundos de transformación interior.

El problema es que una Iglesia que deja de temblar delante de Dios inevitablemente comienza a perder autoridad espiritual. Porque la verdadera autoridad no nace de técnicas

humanas, sino de una vida sometida al gobierno del cielo. **Hechos 9:31** describe a la Iglesia primitiva diciendo: *“Entonces las iglesias... eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo”*. Observemos el equilibrio del Reino: temor del Señor y fortaleza del Espíritu Santo funcionando juntos. El temor santo no apaga la obra del Espíritu; la preserva en pureza.

Recordemos el caso de Ananías y Safira que se encuentra en **Hechos 5**, bueno, en realidad comienza al final del **capítulo 4** con la descripción de la iglesia primitiva de Jerusalén, un grupo de creyentes tan llenos del Espíritu Santo que tenían un solo corazón y una sola mente.

Los apóstoles tenían gran poder y gracia, predicaban y daban testimonio del Salvador resucitado. Tan unidos estaban los corazones de la gente que no retenían ninguna de sus posesiones y las compartían voluntariamente unos con otros, no porque estuvieran coaccionados, sino porque se amaban. Los que vendían tierras y casas entregaban sus ganancias a los apóstoles, que distribuían los donativos entre los necesitados.

Dos miembros de este grupo eran Ananías y su mujer, Safira; ellos también habían vendido un campo. Una parte de los beneficios de la venta se la quedó la pareja, y Ananías sólo puso una pequeña parte del dinero a los pies de los apóstoles. Sin embargo, Ananías fingió haber entregado todo lo recaudado. Este espectáculo hipócrita pudo haber

engañado a algunos, pero no a Pedro, que estaba lleno del poder del Espíritu.

Pedro supo al instante que Ananías estaba mintiendo, no sólo a él, sino también a Dios, y desenmascaró su hipocresía allí mismo. Ananías cayó al suelo y murió (**Hechos 5:4**). Cuando Safira apareció, ella también mintió a Pedro y a Dios, diciendo que habían donado todo el producto de la venta del terreno a la iglesia. Cuando se descubrió su mentira, también cayó y murió a los pies de Pedro.

Las razones de Dios para provocar la muerte de Ananías y Safira tienen que ver con Su aborrecimiento del pecado, la hipocresía de la pareja y la lección para el resto de la iglesia, en aquel entonces y ahora. Hoy en día es fácil pasar por alto la santidad de Dios, olvidar que Él es justo y puro y que odia el pecado de todo corazón.

El caso de Ananías y Safira ilustra el hecho de que incluso los creyentes pueden ser llevados a cometer pecados flagrantes y atrevidos. Era Satanás quien había llenado sus corazones para mentir de esa manera (**Hechos 5:3**) y para *“tentar al Espíritu Santo”* (**Hechos 5:9**). La codicia, la hipocresía y el deseo de alabanza de los hombres contribuyeron a su desaparición.

Las muertes repentinas y dramáticas de Ananías y Safira sirvieron para purificar y advertir a la iglesia. *“Y vino gran temor sobre toda la iglesia”* (**Hechos 5:11**). Inmediatamente, en la infancia de la iglesia, Dios dejó claro

que la hipocresía y el disimulo no iban a ser tolerados, y Su juicio sobre Ananías y Safira ayudó a proteger a la iglesia contra futuras pretensiones. Dios puso los cuerpos de Ananías y Safira en el camino de todo hipócrita que intentara entrar en la iglesia.

Esto no ocurrió en el Antiguo Testamento, y claramente fue bajo la gracia de la vida en Cristo. Esto no implica que Dios obre así en todos los casos, pero claramente no deberíamos perder de vista el real sentimiento de Dios ante el pecado. Que Él ve nuestros corazones (**1 Samuel 16:7**), que odia el pecado y que se preocupa por la pureza de su iglesia (**1 Corintios 11; 1 Juan 5**). Como Jesús le dijo a la iglesia comprometida en Tiatira:

“y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.”

Apocalipsis 2:23

Hoy existe mucha exaltación emocional, pero poco quebranto genuino. Mucha actividad religiosa, pero poco temblor delante de la presencia de Dios. Y cuando el quebranto desaparece, el hombre comienza lentamente a confiar más en sus recursos naturales que en la dependencia del Espíritu Santo. Allí nacen ministros sin lágrimas, altares sin fuego y creyentes que conocen lenguaje espiritual, pero cuyo corazón ya no arde verdaderamente por Cristo.

El peligro más grande de perder el temor santo es que el hombre deja de percibir su verdadera condición espiritual. La autosuficiencia comienza a crecer silenciosamente. El pecado deja de parecer tan grave. La oración pierde intensidad. La Palabra deja de confrontar. Y poco a poco, la vida espiritual empieza a sostenerse más sobre apariencia externa que sobre comunión genuina con Dios.

Sin embargo, el Señor sigue buscando hombres y mujeres que vuelvan a temblar delante de Él. Personas que no se conformen con una religión superficial, sino que anhelan vivir bajo el peso verdadero de Su gloria. El Reino necesita creyentes sensibles, humildes y quebrantados, no solamente personas informadas doctrinalmente. Porque el conocimiento sin temor puede inflar el ego, pero la revelación acompañada de reverencia transforma profundamente el corazón.

Quizás uno de los clamores más urgentes que debería levantarse en este tiempo sea este: *“Señor, devuélvenos el temblor”*. Devuélvenos la capacidad de llorar por el pecado, de honrar Tu presencia, de estremecernos delante de Tu voz y de vivir conscientes de que seguimos caminando delante del Dios Santo y Eterno.



Capítulo cuatro

FAMILIARIDAD EL VENENO SILENCIOSO

Existen enemigos espirituales que atacan de manera visible y violenta, pero también existen peligros mucho más silenciosos, sutiles y difíciles de detectar. La familiaridad es uno de ellos. No destruye de golpe; desgasta lentamente. No enfría el corazón en un solo día; lo adormece progresivamente hasta que el hombre comienza a convivir con lo santo sin percibir ya el peso de la gloria de Dios. Y quizás justamente allí radique su mayor peligro: la familiaridad espiritual tiene la capacidad de parecer inofensiva mientras lentamente vacía el alma de reverencia.

El corazón humano posee una tendencia natural a normalizar aquello que se vuelve frecuente. Lo que antes producía admiración comienza a parecer común. Lo que alguna vez despertó lágrimas y quebranto puede terminar convirtiéndose apenas en parte de una rutina religiosa. Y cuando esa dinámica se traslada a la relación con Dios, el creyente entra en una de las zonas espirituales más peligrosas: continuar cerca de las cosas sagradas mientras pierde sensibilidad hacia ellas.

Eso fue precisamente lo que ocurrió en Nazaret con Jesús. **Marcos 6:3** relata que cuando el Señor enseñaba en la sinagoga, muchos se admiraban de Su sabiduría y de los milagros que hacía, pero inmediatamente comenzaron a decir: *“¿No es este el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él”*. El problema no era falta de evidencia espiritual; el problema era exceso de familiaridad. Habían convivido tanto tiempo con Jesús en Su dimensión humana que perdieron la capacidad de discernir correctamente quién estaba delante de ellos.

La familiaridad siempre reduce aquello que debería ser honrado. El corazón comienza a mirar desde la carne lo que solamente puede comprenderse correctamente desde el Espíritu. Nazaret veía al hijo del carpintero, mientras el cielo estaba revelando al Mesías. Y como consecuencia de esa familiaridad, la Escritura declara algo profundamente triste: *“Y no pudo hacer allí ningún milagro”* (Marcos 6:5). No porque Cristo hubiera perdido poder, sino porque la incredulidad y la irreverencia del ambiente cerraron el corazón de las personas a la manifestación de aquello que Dios quería hacer.

Ese principio continúa siendo profundamente actual. Muchas veces las personas pueden estar rodeadas continuamente de Palabra, adoración, enseñanza y actividad espiritual, pero perder gradualmente la capacidad de valorar verdaderamente lo que Dios está colocando delante de ellas.

La familiaridad mata la honra, y cuando desaparece la honra, la sensibilidad espiritual comienza a deteriorarse.

El Reino de Dios funciona profundamente sobre el principio de honra. Donde no existe honra, tarde o temprano tampoco habrá verdadera recepción espiritual. Jesús mismo dijo en **Mateo 13:57**: ***“No hay profeta sin honra sino en su propia tierra y en su casa”***. Resulta llamativo que las personas más cercanas externamente a Jesús fueran muchas veces las menos capaces de discernir Su gloria. Esto revela una verdad importante: la cercanía física o religiosa con las cosas de Dios no garantiza sensibilidad espiritual. Un hombre puede convivir durante años dentro de ambientes cristianos y aun así perder la capacidad de maravillarse de Cristo.

La familiaridad espiritual es peligrosa porque crea una ilusión de normalidad. El hombre sigue asistiendo, escuchando y participando, pero su corazón ya no responde con la misma reverencia. La presencia de Dios deja de ser contemplada como un privilegio inmerecido y comienza a tratarse como algo rutinario. Lentamente, el alma deja de acercarse con hambre, expectativa y humildad, para moverse simplemente por costumbre.

Eso fue exactamente lo que comenzó a ocurrir con Israel a lo largo de su historia. El pueblo convivía diariamente con manifestaciones sobrenaturales, pero aun así endurecía su corazón. Veían milagros, pero murmuraban. Escuchaban la voz de Dios, pero rápidamente volvían a la desobediencia. La gloria se había vuelto demasiado habitual

para ellos. Y cuando la gloria deja de producir reverencia, el corazón inevitablemente empieza a desviarse.

La familiaridad muchas veces es más peligrosa que la oposición abierta. Porque el enemigo visible suele despertar vigilancia espiritual, pero la costumbre adormece lentamente el discernimiento. El creyente ya no percibe cuánto se ha enfriado su sensibilidad.

Uno de los síntomas más evidentes de la familiaridad espiritual es la pérdida de asombro. El hombre deja de contemplar a Cristo con admiración. La oración se vuelve mecánica. La adoración pierde profundidad. La Palabra deja de confrontar. Y aunque externamente muchas cosas continúan funcionando, interiormente comienza a desaparecer el fuego.

Por eso **Malaquías 1:6** expresa el reclamo del Señor diciendo: ***“Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra?”***. Dios no estaba cuestionando solamente actividades externas; estaba confrontando la actitud del corazón. Porque la honra no es simplemente respeto verbal; es una posición interior de reverencia, valoración y reconocimiento de la autoridad divina.

El problema de muchos creyentes no es falta de conocimiento bíblico, sino exceso de familiaridad con las cosas espirituales sin una correspondiente profundidad de comunión con Dios. Han aprendido vocabulario cristiano, estructuras ministeriales y hábitos religiosos, pero el corazón

ya no se quebranta fácilmente delante de la presencia del Señor. Y cuando el quebranto desaparece, comienza lentamente a crecer la autosuficiencia espiritual.

La familiaridad también afecta la manera en que el hombre percibe el pecado. Cuando la conciencia pierde sensibilidad hacia la santidad de Dios, el pecado deja de verse tan grave. Lo que antes producía temor ahora parece tolerable. El hombre comienza a justificar pequeñas áreas de desobediencia porque ya no vive plenamente consciente de la gloria divina. Y allí comienza un deterioro silencioso que, si no es tratado, puede terminar endureciendo profundamente el corazón.

La Iglesia de este tiempo necesita urgentemente recuperar el asombro santo. Necesita volver a mirar a Cristo con ojos limpios, volver a acercarse a Su presencia con reverencia y volver a comprender que jamás deberíamos tratar como común aquello que el cielo continúa considerando glorioso. La cruz no puede convertirse en un simple símbolo religioso. La gracia no puede transformarse en liviandad. La presencia de Dios no puede reducirse a una experiencia emocional pasajera.

Cada encuentro con el Señor debería producir en nosotros más humildad, más hambre espiritual y más conciencia de nuestra necesidad de Él. Porque cuanto más conoce verdaderamente un hombre a Dios, más comprende que nunca dejará de necesitar Su gracia, Su dirección y Su presencia.

Quizás uno de los mayores peligros espirituales no sea alejarse completamente de Dios, sino permanecer tan cerca de las cosas sagradas que terminemos perdiendo la capacidad de honrarlas correctamente. Y por eso una de las oraciones más importantes que la Iglesia debería levantar en este tiempo es esta: *“Señor, libranos de acostumbrarnos a Tu gloria”*.

Porque el día que Cristo deja de maravillarnos, comenzamos lentamente a sustituir la reverencia por rutina, la honra por costumbre y la presencia viva de Dios por una religión vacía de asombro santo.

“Por tanto, amados míos, así como siempre habéis obedecido, no solo en mi presencia, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, según su buena voluntad.”

Filipenses 2:12 y 13



PARTE II

**EL ALTAR
PROFANADO**

Capítulo cinco

DEL ALTAR AL ESCENARIO

Una de las transformaciones más peligrosas que puede sufrir la Iglesia no ocurre necesariamente cuando abandona completamente sus doctrinas, sino cuando lentamente comienza a cambiar el propósito del altar. Porque el altar nunca fue diseñado para exaltar al hombre, sino para revelar la gloria de Dios.

Aclaro que en este Nuevo Pacto en el cual vivimos, el altar espiritual está en nuestros corazones, pero de todas maneras debemos entender como altar a toda estructura, plataforma elevada o mesa consagrada donde se realizan ritos religiosos, como ofrendas, sacrificios o ceremonias espirituales, porque esa es su definición. De hecho la palabra altar proviene del latín “*altare*”, la cual deriva del adjetivo “*altus*” que significa “alto” o “elevado”.

Desde el principio, cada altar levantado en las Escrituras representaba un lugar de rendición, sacrificio, encuentro y reverencia delante del Señor. Entonces, así como el altar personal está en nuestros corazones, el altar

congregacional está en la plataforma delantera del salón de reunión, o todo lugar donde podamos rendirnos como cuerpo ante la presencia del Señor.

El altar hablaba de muerte del yo, de dependencia, de adoración y de reconocimiento absoluto de la soberanía divina. Sin embargo, una de las tragedias de esta generación es que, en muchos salones de reunión, a la llamada plataforma o altar, se la está convirtiendo progresivamente en un escenario. Y cuando el altar se transforma en escenario, inevitablemente el hombre comienza a ocupar el lugar central que solamente pertenece a Dios.

El problema no es solamente externo ni estético; es profundamente espiritual. No se trata simplemente de luces, plataformas o recursos tecnológicos, porque ninguna herramienta es mala en sí misma. El verdadero problema aparece cuando la prioridad deja de ser la presencia de Dios y pasa a ser la satisfacción emocional de las personas. Allí comienza una transición silenciosa donde la gloria pierde centralidad y el hombre se convierte lentamente en el foco principal de las reuniones.

El Reino de Dios jamás fue establecido para entretener a la carne humana. El Evangelio no fue entregado para competir con los sistemas de entretenimiento del mundo, sino para confrontar el corazón, destruir las obras de las tinieblas y formar una generación rendida al gobierno de Cristo. Sin embargo, muchas veces la presión cultural ha llevado a ciertos sectores de la Iglesia a buscar constantemente

métodos para mantener la atención de las personas, aun cuando eso implique reducir el peso espiritual del mensaje y suavizar la confrontación de la verdad.

Cuando la prioridad se vuelve agradar al hombre, inevitablemente se debilita la reverencia hacia Dios. Pablo le escribió a los gálatas una pregunta profundamente reveladora: ***“Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios?”*** (Gálatas 1:10). Esa tensión continúa completamente vigente en este tiempo. Toda generación enfrenta la decisión de definir quién ocupará el centro: Dios o el hombre. Porque resulta imposible construir una cultura verdaderamente centrada en la gloria divina mientras el corazón permanece obsesionado con la aprobación humana.

El altar bíblico siempre demandó sacrificio. En él moría algo. Allí el hombre reconocía su dependencia absoluta del Señor. Pero cuando el altar se convierte en escenario, el sacrificio comienza a desaparecer y el objetivo principal pasa a ser producir impacto emocional, aceptación o admiración humana. El peligro de esto es enorme, porque la Iglesia puede continuar teniendo actividad, reuniones multitudinarias y movimientos visibles, pero sin el verdadero peso de la presencia de Dios.

En el Antiguo Testamento, el fuego del altar representaba algo extremadamente sagrado. **Levítico 6:13** declara: ***“El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará”***. Ese fuego no era un espectáculo visual; era una

manifestación de la aceptación divina y de la presencia del Señor en medio de Su pueblo.

Por eso Nadab y Abiú fueron juzgados severamente cuando ofrecieron “*fuego extraño*” delante de Dios (**Levítico 10:1 y 2**). El problema no era simplemente litúrgico; era una cuestión de honra y reverencia. Intentaron ministrar delante del Señor de una manera nacida de la carne y no de la obediencia.

Ese principio continúa siendo profundamente actual. Existe una gran diferencia entre aquello que produce emoción humana y aquello que verdaderamente nace del Espíritu Santo. Lo emocional puede impresionar momentáneamente al hombre, pero solamente la presencia de Dios transforma el corazón. Y uno de los grandes peligros de esta generación es aprender a sustituir la gloria por estímulos emocionales pasajeros.

Muchas veces el hombre moderno tiene dificultad para permanecer quieto delante de Dios. Necesita constante estimulación, movimiento y entretenimiento. Pero el Reino funciona de manera completamente diferente. La verdadera presencia de Dios no siempre alimenta la adrenalina humana; muchas veces confronta, quebranta, silencia y expone profundamente el corazón. Por eso tantas personas prefieren ambientes donde puedan sentirse emocionalmente cómodas sin ser confrontadas interiormente.

Sin embargo, la Iglesia nunca fue llamada a producir consumidores espirituales, sino discípulos rendidos a Cristo. Y un discípulo no se forma solamente mediante emociones intensas, sino mediante verdad, obediencia y transformación interior. Jesús jamás adaptó Su mensaje para hacerlo más cómodo a las multitudes. Cuando la verdad confrontaba el corazón humano, muchos se apartaban de Él, pero Cristo nunca sacrificó la pureza del Reino para mantener popularidad.

En **Juan 6**, después de una enseñanza profundamente confrontativa, muchos discípulos dijeron: ***“Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”*** (**Juan 6:60**). Y la Escritura añade que ***“desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás”*** (**Juan 6:66**). Resulta impactante observar que Jesús no modificó el mensaje para evitar que las personas se fueran. Porque el Reino no se sostiene sobre estrategias humanas de aprobación masiva, sino sobre la verdad eterna de Dios.

Uno de los síntomas más visibles de cuando el altar comienza a convertirse en escenario es la exaltación excesiva del hombre. El ministro deja de verse como siervo y comienza a ser tratado como celebridad. La unción empieza a confundirse con carisma. La presencia de Dios es reemplazada por habilidades naturales. Y lentamente, casi sin percibirlo, la atención de las personas deja de dirigirse hacia Cristo para centrarse en figuras humanas.

Pero el verdadero ministerio siempre apunta hacia Jesús y nunca hacia el ego del hombre. Juan el Bautista entendía esto cuando declaró: ***“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30).*** Esa es la esencia de todo altar genuino: el hombre disminuye para que Cristo sea exaltado. El problema es que una generación dominada por la cultura de la imagen y de la autopromoción corre constantemente el riesgo de trasladar esos mismos valores al ámbito espiritual.

El altar no fue diseñado para exhibición personal, sino para rendición. No fue dado para alimentar la fama humana, sino para manifestar la gloria del Reino. Cada vez que el hombre ocupa el centro, inevitablemente la presencia de Dios comienza a retirarse silenciosamente. Porque el Señor jamás compartirá Su gloria con la vanidad humana.

Eso no significa que la Iglesia deba rechazar toda excelencia, creatividad o desarrollo. El Reino jamás promueve mediocridad. Pero existe una enorme diferencia entre usar herramientas para servir a la gloria de Dios y construir estructuras donde el hombre termina convirtiéndose en el centro de atención. La excelencia del Reino siempre debe permanecer sometida a la presencia y nunca reemplazarla.

Uno de los grandes problemas de este tiempo es que muchos creyentes ya no saben distinguir entre un ambiente emocionalmente impactante y una atmósfera verdaderamente cargada de la gloria de Dios. Han aprendido a emocionarse

rápida­mente, pero no necesariamen­te a quebrantarse delante del Señor. Y el quebranto sigue siendo una de las evidencias más poderosas de la verdadera presencia divina.

Cuando Isaías contempló la gloria de Dios, no salió exaltando su capacidad ministerial; salió consciente de su necesidad de limpieza. Cuando Pedro vio el poder de Cristo, cayó de rodillas reconociendo su condición. Cuando Juan contempló al Señor glorificado, cayó como muerto delante de Él. La presencia de Dios jamás alimenta el orgullo humano; siempre produce reverencia.

La Iglesia necesita volver urgentemente al altar verdadero. Necesita recuperar reuniones donde la prioridad no sea impresionar personas, sino honrar la presencia del Rey. Necesita ministros que vuelvan a llorar delante de Dios más de lo que desean ser admirados por los hombres. Necesita creyentes que anhelan transformación más que entretenimiento.

Porque el problema más grave no es tener escenarios físicos, sino construir una espiritualidad donde el hombre ocupa el lugar que solamente pertenece a Cristo. Y cuando el altar deja de ser altar para convertirse únicamente en espectáculo, la Iglesia puede continuar teniendo aplausos, movimiento y visibilidad, pero lentamente comenzará a perder aquello que realmente le da vida: la gloria de Dios en medio de ella.



Capítulo seis

JUGANDO CON FUEGO SANTO

Existen pasajes en las Escrituras que resultan incómodos para una generación acostumbrada a una visión superficial de Dios. Textos que confrontan directamente la liviandad espiritual y nos recuerdan que, aunque vivimos bajo la gloriosa gracia del Nuevo Pacto, la santidad del Señor jamás ha cambiado.

Uno de esos episodios es el relato de Nadab y Abiú que se encuentra en **Levítico 10**. Allí encontramos una escena profundamente solemne, pero también extremadamente reveladora para comprender el peligro de tratar las cosas sagradas con irreverencia. La Escritura declara:

“Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego...

Y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó...”

Levítico 10:1 y 2

A primera vista, muchos podrían considerar excesiva la severidad del juicio, especialmente desde una mentalidad moderna que tiende a minimizar la importancia de la reverencia espiritual. Sin embargo, el problema no era simplemente ritual; era una manifestación de algo mucho más profundo: la pérdida del temor santo delante de Dios.

Nadab y Abiú no eran hombres ajenos al altar. Eran hijos de Aarón, pertenecían al ambiente sacerdotal y estaban familiarizados con las cosas sagradas. Precisamente allí radicaba el peligro. La familiaridad con lo santo había comenzado a reemplazar la reverencia. Habían estado tan cerca del fuego divino que terminaron perdiendo la conciencia de cuán sagrado era aquello que ministraban.

Eso continúa ocurriendo peligrosamente en este tiempo. Los hijos de Dios podemos acostumbrarnos tanto al lenguaje espiritual, al ministerio, a las reuniones y a la actividad religiosa, que lentamente podemos comenzar a tratar con liviandad aquello que Dios considera santo. Y cuando desaparece la reverencia, el corazón empieza a moverse más por impulsos humanos que por obediencia al Espíritu Santo.

La expresión “*fuego extraño*” es profundamente significativa. No era el fuego autorizado por Dios; era un fuego producido desde otra fuente. Allí encontramos una poderosa enseñanza espiritual: no todo fuego proviene del altar de Dios. Existe entusiasmo humano que no necesariamente nace del Espíritu Santo.

Existe emocionalismo que puede parecer espiritual externamente, pero carece del respaldo de la presencia divina. Existe actividad religiosa producida por talento, creatividad o esfuerzo humano, pero no necesariamente por el fuego santo del cielo. Y quizás uno de los mayores peligros de esta generación sea justamente perder la capacidad de discernir la diferencia.

Vivimos tiempos donde muchas veces se confunde intensidad emocional con unción, carisma con autoridad espiritual y espectáculo con gloria. Pero el fuego de Dios jamás puede ser reemplazado por recursos humanos. El hombre puede producir ambientes emocionalmente impactantes, pero solamente el Espíritu Santo puede producir transformación genuina del corazón.

El Reino no funciona mediante imitaciones carnales de la gloria. Dios nunca necesitó ayuda humana para manifestar Su presencia. Cada vez que el hombre intenta sustituir el fuego santo por mecanismos nacidos de la carne, termina alejándose lentamente de la esencia misma del altar.

Resulta importante comprender que el problema de Nadab y Abiú no fue simplemente un error accidental. **Levítico 10:3** nos da la clave cuando Dios declara: ***“En los que a mí se acercan me santificaré”***. El altar requería reverencia porque representaba la presencia misma de Dios en medio del pueblo. Acercarse livianamente a lo santo era despreciar indirectamente la gloria del Señor.

Hoy muchos desean cercanía con Dios, pero sin reverencia. Buscan intimidad sin honra, presencia sin santidad y gracia sin obediencia. Pero el Reino jamás separa estas dimensiones. Cuanto más cerca está un hombre verdaderamente de Dios, más profundo se vuelve su temor santo. Porque la verdadera intimidad nunca destruye la reverencia; la perfecciona.

Uno de los problemas más graves de esta generación es que ha confundido libertad espiritual con irreverencia. Algunos creen que la gracia elimina la necesidad de honra y santidad, cuando en realidad ocurre exactamente lo contrario. La gracia genuina nos acerca al Padre, pero precisamente porque ahora conocemos Su amor de manera más profunda, también deberíamos desarrollar una conciencia más elevada de Su gloria y majestad.

Hebreos 12:28 y 29 declara: *“Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor”*. Resulta impactante que esta afirmación aparezca en pleno contexto del Nuevo Pacto. El escritor no está hablando a hombres bajo la ley mosaica, sino a creyentes redimidos por la sangre de Cristo. Y aun así, el llamado continúa siendo el mismo: servir a Dios con temor y reverencia.

La gracia nunca anuló la santidad divina. Lamentablemente, muchos han construido una espiritualidad donde todo gira alrededor del hombre: sus emociones, sus deseos, sus preferencias y sus experiencias personales. Pero

el centro del Reino sigue siendo Dios. El altar sigue siendo santo. La presencia sigue siendo gloriosa. Y el fuego del Espíritu Santo jamás debe ser tratado livianamente.

Nadab y Abiú representan también el peligro de ministrar sin obediencia. La Escritura dice claramente que ofrecieron algo *“que él nunca les mandó”*. Eso revela otra gran tragedia espiritual: hacer cosas para Dios sin realmente someternos a Su dirección. Mucha actividad ministerial puede nacer del entusiasmo humano sin haber nacido verdaderamente de la voluntad del Señor.

En este tiempo existe una enorme presión por innovar constantemente, producir impacto y mantener relevancia delante de las personas. Pero la Iglesia nunca fue llamada a ser relevante para el sistema del mundo; fue llamada a ser fiel a la presencia de Dios. Y cuando la búsqueda de aceptación humana comienza a dominar el altar, el hombre corre el riesgo de introducir fuego extraño dentro de la obra del Señor.

Eso no significa que Dios esté en contra de la creatividad o del desarrollo. El problema nunca es la creatividad; el problema es cuando la carne reemplaza al Espíritu. Cuando el hombre empieza a depender más de recursos humanos que de la presencia divina, el altar comienza lentamente a vaciarse de gloria.

Por eso Jesús declaró: *“Separados de mí nada podéis hacer”* (Juan 15:5). El Reino jamás fue diseñado para

sostenerse sobre la autosuficiencia humana. Todo ministerio genuino debe nacer de la dependencia profunda del Espíritu Santo. Porque una obra construida únicamente sobre capacidad humana puede impresionar temporalmente a las personas, pero jamás producirá vida espiritual verdadera.

Otro aspecto profundamente revelador de este relato es que el juicio comenzó precisamente en aquellos que ministraban más cerca del altar. Esto muestra una verdad solemne: cuanto mayor es la cercanía con las cosas sagradas, mayor también debe ser la reverencia. El ministerio nunca debería producir orgullo espiritual; debería aumentar la humildad y la dependencia de Dios.

Sin embargo, uno de los peligros del servicio continuo es perder gradualmente la conciencia del privilegio que representa estar delante del Señor. El hombre puede comenzar sirviendo con lágrimas y terminar funcionando mecánicamente. Puede empezar con quebranto y terminar moviéndose solamente por rutina ministerial. Y cuando el corazón deja de temblar delante del altar, el riesgo espiritual se vuelve enorme.

La Iglesia necesita volver urgentemente al fuego santo. No al fuego extraño del emocionalismo vacío ni al espectáculo religioso diseñado para impresionar hombres, sino al fuego genuino del Espíritu Santo que purifica, confronta y transforma vidas. Necesitamos ministros que vuelvan a entrar al altar con reverencia, conscientes de que

están sirviendo delante del Rey eterno y no simplemente desarrollando actividades religiosas.

Porque el problema más grave no es solamente perder manifestaciones visibles; es perder la conciencia de la santidad de Dios. Y cuando una generación comienza a jugar con fuego santo, lentamente deja de discernir la diferencia entre lo sagrado y lo común, entre la gloria y el espectáculo, entre la presencia verdadera y las imitaciones producidas por la carne.

Pero todavía existe un llamado del cielo para volver al altar con pureza, honra y temor reverente. Porque Dios sigue buscando hombres y mujeres que comprendan que Su presencia jamás fue dada para ser manipulada, utilizada o convertida en entretenimiento, sino para ser honrada con un corazón quebrantado y completamente rendido delante de Él.



Capítulo siete

MINISTROS SIN LAGRIMAS

Una de las señales más preocupantes del deterioro espiritual no es solamente la presencia del pecado visible dentro de la Iglesia, sino la pérdida progresiva del quebranto en aquellos que ministran delante del pueblo de Dios.

Porque el ministerio jamás fue diseñado para funcionar únicamente desde la capacidad humana, desde la preparación intelectual o desde la habilidad comunicativa; el verdadero ministerio nace de un corazón tratado por Dios, sensible a Su voz y profundamente consciente del peso espiritual que implica representar al Reino delante de los hombres.

Sin embargo, vivimos tiempos donde existe el peligro de desarrollar ministros eficientes, preparados y visibles, pero interiormente desconectados del quebranto genuino delante de la presencia del Señor. Hombres capaces de hablar acerca de Dios sin necesariamente permanecer postrados delante de Él. Personas que aprendieron a ministrar públicamente, pero que lentamente dejaron de llorar en secreto delante del altar. Y cuando desaparecen las lágrimas

en la intimidad, muchas veces también comienza a desaparecer la profundidad espiritual.

Las lágrimas en las Escrituras nunca fueron simplemente una manifestación emocional. Representaban sensibilidad espiritual, carga interior, amor genuino por Dios y conciencia profunda de la condición humana delante de Su santidad.

Jeremías fue llamado “el profeta llorón” no porque fuera débil emocionalmente, sino porque llevaba en su interior el peso del corazón de Dios por un pueblo endurecido. En **Jeremías 9:1** expresó: *“¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas!”*. Esa expresión revela el dolor de un hombre que no solamente transmitía mensajes divinos, sino que sentía profundamente la carga espiritual de aquello que predicaba.

El verdadero ministerio no consiste únicamente en comunicar información bíblica; consiste en transmitir vida espiritual nacida de la comunión con Dios. Y eso jamás puede sostenerse solamente mediante técnicas humanas.

El Reino no funciona por simple talento natural. La unción no puede ser reemplazada por carisma. La autoridad espiritual no nace de plataformas visibles, sino de una vida desarrollada en intimidad, obediencia y dependencia del Espíritu Santo.

Uno de los grandes peligros de esta generación es la profesionalización excesiva del ministerio. Lentamente, en algunos contextos, el servicio al Señor corre el riesgo de convertirse más en una función pública que en una carga espiritual.

Se aprende a predicar correctamente, a administrar estructuras, a liderar reuniones y a desarrollar proyectos ministeriales, pero muchas veces sin la profundidad de oración, quebranto y comunión que sostenía a los hombres de Dios en las Escrituras. Eso produce una tragedia silenciosa: ministros activos exteriormente, pero vacíos interiormente.

El ministerio nunca fue diseñado para sostenerse solamente sobre capacidad humana. Jesús dijo claramente: ***“Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5)***. No dijo “algunas cosas”, sino nada. El Reino depende completamente de la vida que proviene de Cristo.

Cuando el hombre comienza a confiar demasiado en sus recursos naturales, lentamente deja de depender de la presencia de Dios. Y aunque externamente muchas cosas puedan continuar funcionando, el fuego interior empieza a debilitarse.

El problema es que la actividad ministerial constante puede producir una peligrosa ilusión de salud espiritual. Un hombre puede continuar predicando, enseñando y sirviendo mientras interiormente su corazón comienza a secarse.

Puede seguir hablando de la gloria sin permanecer verdaderamente bajo el peso de ella. Y cuando eso sucede, el ministerio corre el riesgo de transformarse en una rutina religiosa sostenida más por experiencia acumulada que por comunión viva con el Espíritu Santo.

Por eso Pablo le dijo a Timoteo: ***“Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina”*** (1 Timoteo 4:16). Resulta profundamente significativo el orden. Antes de hablar de la doctrina, Pablo menciona la vida personal del ministro. Porque el Reino jamás separa lo que el hombre enseña de lo que el hombre vive. Dios nunca estuvo interesado solamente en predicadores correctos doctrinalmente; busca vasos limpios, sensibles y rendidos a Su voluntad.

El altar siempre demandó hombres quebrantados. David comprendía esto cuando escribió: ***“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado”*** (Salmo 51:17). La verdadera autoridad espiritual jamás nace del orgullo ministerial, sino de un corazón humillado delante del Señor. Cada vez que un hombre deja de verse necesitado de gracia, comienza lentamente a endurecerse espiritualmente.

Uno de los mayores peligros del ministerio continuo es la pérdida gradual de sensibilidad. El hombre se acostumbra tanto al lenguaje espiritual, a las reuniones y a la actividad religiosa, que puede llegar a ministrar mecánicamente. La oración se vuelve funcional en lugar de íntima. La predicación se convierte en una exposición técnica más que en una carga espiritual. El servicio deja de nacer desde la

presencia y comienza a sostenerse solamente sobre experiencia y estructura.

Eso explica por qué muchas veces existen mensajes correctamente elaborados, pero sin peso espiritual. Hay palabras que informan, pero no transforman. Sermones que impresionan intelectualmente, pero no quebrantan el corazón. Y la diferencia suele encontrarse en el altar secreto. Porque el fuego verdadero nunca nace solamente en la plataforma pública; nace primero en la intimidad con Dios.

Jesús mismo modeló esto constantemente. Antes de ministrar multitudes, buscaba lugares apartados para orar. Antes de escoger discípulos, pasó la noche delante del Padre. El Hijo de Dios nunca ministró desconectado de la comunión con el cielo. Y si Cristo mismo dependía continuamente de la presencia del Padre, cuánto más nosotros.

Hechos 6 muestra otro principio fundamental. Cuando surgieron demandas administrativas dentro de la Iglesia primitiva, los apóstoles respondieron: ***“Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra”*** (**Hechos 6:4**). Ellos entendían que el verdadero ministerio no podía separarse de una vida profunda de oración. La Palabra debía nacer de la presencia. La autoridad espiritual debía sostenerse desde la comunión con Dios y no solamente desde funciones organizativas.

Sin embargo, una de las tragedias modernas es que muchos ministros tienen cada vez más actividades, pero cada

vez menos altar secreto. Mucha exposición pública, pero poca intimidad. Mucha administración ministerial, pero poco quebranto delante de la presencia de Dios. Y cuando el altar privado se debilita, tarde o temprano el ministerio público también comienza a vaciarse de gloria.

El profeta Joel hizo un llamado profundamente necesario para este tiempo: ***“Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová”*** (Joel 2:17). El cielo sigue buscando ministros sensibles, hombres capaces de sentir la carga espiritual de su generación y no solamente desarrollar funciones religiosas. Porque el ministerio verdadero nunca puede sostenerse desde la indiferencia espiritual.

Hoy existe mucha exposición, pero pocas lágrimas. Mucha visibilidad, pero poco quebranto. Mucha búsqueda de reconocimiento, pero poca muerte del yo. Y cuando el ego comienza a crecer dentro del ministerio, inevitablemente Cristo empieza a perder centralidad.

Hacer visible a Cristo y no al hombre es lo que debería procurar todo ministro. El problema es que la cultura moderna alimenta constantemente la autopromoción, la construcción de imagen y la necesidad de reconocimiento. Y si el corazón no permanece guardado en humildad delante de Dios, el ministerio puede terminar convirtiéndose peligrosamente en una plataforma para el ego humano.

Pero el altar verdadero siempre mata algo en nosotros. El fuego santo consume el orgullo, la autosuficiencia y la vanidad espiritual. La presencia de Dios jamás fue dada para exaltar hombres; fue dada para formar siervos rendidos completamente al gobierno del Reino.

La Iglesia necesita urgentemente volver a levantar ministros que conozcan el secreto de las lágrimas. Hombres que vuelvan a temblar delante de Dios antes de hablarle a las personas. Predicadores cuya autoridad no provenga solamente de preparación académica, sino de haber permanecido en la presencia del Señor. Siervos que amen más la gloria de Dios que su propia reputación ministerial.

Porque un ministro puede impresionar temporalmente a las personas mediante talento natural, pero solamente un hombre lleno del Espíritu Santo puede impartir vida espiritual verdadera.

Y quizás una de las necesidades más urgentes de este tiempo no sea simplemente más plataformas, más eventos o más visibilidad ministerial, sino hombres y mujeres que vuelvan a entrar al altar con lágrimas sinceras, con temor santo y con una profunda conciencia de que están sirviendo delante del Rey eterno.



Capítulo ocho

EL ESPECTÁCULO RELIGIOSO

Una de las evidencias más claras de que una generación ha comenzado a perder el temor de Dios es cuando la Iglesia corre el riesgo de transformarse en un espacio diseñado más para entretener personas que para formar discípulos de Cristo.

El espectáculo religioso nace cuando el hombre comienza a sustituir la presencia de Dios por estímulos diseñados para mantener cautiva la atención humana. Allí la prioridad deja de ser la gloria del Señor y pasa a ser la satisfacción emocional de las personas. Lentamente, el culto corre el riesgo de convertirse en una experiencia centrada en sensaciones, impacto visual y entretenimiento espiritual, mientras la profundidad del arrepentimiento, la reverencia y el quebranto comienzan a desaparecer.

El problema no es la excelencia ni el orden. El Reino jamás promovió mediocridad. Dios merece lo mejor. Pero existe una enorme diferencia entre usar herramientas para servir a la gloria divina y construir ambientes donde el

hombre termina siendo el centro de todo. Porque cuando la Iglesia comienza a pensar más como un sistema de consumo que como una comunidad del Reino, inevitablemente la figura del espectador reemplaza lentamente la del discípulo. Y un espectador solamente busca recibir; un discípulo busca ser transformado y servir a su Señor.

Jesús nunca llamó personas para entretenerlas. Las llamó para negarse a sí mismas, tomar la cruz y seguirle. El Reino jamás fue diseñado para adaptarse cómodamente a la carne humana. Por el contrario, el Evangelio confronta el ego, destruye la autosuficiencia y llama al hombre a rendirse completamente al gobierno de Dios. Sin embargo, una generación acostumbrada a consumir contenido rápido y experiencias superficiales suele tener dificultad para permanecer en procesos profundos de transformación espiritual.

Por eso muchas veces se busca una espiritualidad que emocione, pero no necesariamente una que confronte. Se desean reuniones impactantes, pero no siempre un altar donde el pecado sea expuesto y el corazón tratado por el Espíritu Santo. Se anhela inspiración, pero no quebranto. Se desea sentir algo, pero no necesariamente morir al yo. Es entonces que aparece uno de los grandes peligros del espectáculo religioso: “la ilusión de espiritualidad sin verdadera transformación interior”.

Las emociones humanas pueden ser intensas y aun así no producir arrepentimiento genuino. Una persona puede

llorar durante una reunión y continuar viviendo exactamente igual después de ella. Puede emocionarse profundamente con una atmósfera espiritual y aun así seguir gobernada por la carne. Porque el Reino no se mide únicamente por emociones momentáneas, sino por vidas transformadas bajo el señorío de Cristo.

En **Mateo 21:12 y 13** encontramos una escena profundamente reveladora. Jesús entra al templo y expulsa a los cambistas diciendo: ***“Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones”***. El problema no era solamente comercial; era espiritual. El templo había perdido su propósito original. El lugar diseñado para la presencia de Dios estaba siendo dominado por intereses humanos. Y siempre que el hombre ocupa el centro, la gloria comienza a retirarse silenciosamente.

Eso continúa siendo profundamente actual. Cada vez que la Iglesia pierde de vista que todo gira alrededor de Cristo, comienza lentamente a desviarse. Porque el Reino no existe para entretener al hombre, sino para revelar al Rey. El altar no fue dado para alimentar emociones carnales, sino para formar corazones rendidos al Espíritu Santo.

Pablo ya advertía acerca de una generación que ***“no sufrirán la sana doctrina”*** y que buscaría maestros conforme a sus propios deseos (**2 Timoteo 4:3**). Esa profecía refleja perfectamente el espíritu de este tiempo. Muchos desean mensajes que afirmen constantemente sus emociones, pero rechazan cualquier palabra que confronte el pecado, la tibieza

o la necesidad de santidad. Y cuando la verdad comienza a suavizarse para evitar incomodidad, el espectáculo lentamente reemplaza al altar.

Porque el espectáculo necesita agradar constantemente al hombre. Pero el Evangelio verdadero muchas veces incomoda antes de sanar. La Palabra de Dios no solamente consuela; también confronta, corrige y transforma. **Hebreos 4:12** declara que *“la Palabra es viva y eficaz”*, capaz de discernir las intenciones del corazón. Eso significa que la verdadera presencia de Dios jamás deja intacta la carne humana.

Sin embargo, una generación dominada por la cultura del entretenimiento suele rechazar todo aquello que demande profundidad, silencio, espera y rendición. El hombre moderno quiere resultados rápidos, emociones inmediatas y experiencias constantemente estimulantes. Pero el Reino muchas veces opera de manera completamente opuesta. Dios trabaja en procesos. Forma carácter. Trata el corazón. Y muchas de las obras más profundas del Espíritu Santo ocurren precisamente en los momentos donde no hay espectáculo visible.

Elías descubrió esto en Horeb. Después del viento fuerte, del terremoto y del fuego, la voz de Dios se manifestó en *“un silbo apacible y delicado”* (1 Reyes 19:12). El Reino no siempre se manifiesta mediante demostraciones estruendosas. Muchas veces la presencia más profunda de

Dios opera en el silencio santo que confronta el interior del hombre.

El espectáculo religioso también produce otro peligro: la dependencia emocional. Cuando la fe se sostiene solamente sobre experiencias intensas, el creyente corre el riesgo de perder estabilidad espiritual. Necesita constantemente nuevas sensaciones para sentirse conectado con Dios. Pero el Reino no fue diseñado para sostenerse sobre estímulos emocionales permanentes, sino sobre una relación madura, profunda y obediente con el Señor.

Jesús nunca prometió una vida gobernada únicamente por emociones agradables. Prometió cruz, perseverancia y transformación. El verdadero discípulo aprende a permanecer fiel aun cuando no siente grandes emociones. Porque la madurez espiritual no se mide solamente por intensidad emocional, sino por obediencia constante.

Otro problema del espectáculo religioso es que muchas veces produce consumidores espirituales en lugar de siervos rendidos. Las personas asisten esperando recibir algo para sí mismas, pero sin desarrollar compromiso genuino con el Reino. El culto se convierte en una experiencia para consumir y no en una expresión de adoración donde Cristo ocupa el centro absoluto.

Pero el Evangelio nunca colocó al hombre como protagonista principal. Todo gira alrededor de Jesús. Él es el centro del Reino, el motivo de nuestra adoración y la razón

de nuestra existencia espiritual. Cuando la Iglesia pierde esa centralidad, inevitablemente comienza a reemplazar profundidad por superficialidad, reverencia por entretenimiento y quebranto por emoción pasajera.

Eso no significa que Dios esté en contra del gozo. El Reino está lleno de gozo verdadero. Pero el gozo del Espíritu Santo no nace de estímulos superficiales, sino de una vida reconciliada con Dios y sometida a Su presencia. Existe una enorme diferencia entre alegría producida emocionalmente y gozo nacido del Espíritu Santo.

La Iglesia necesita volver urgentemente a la esencia del altar. Necesita reuniones donde la prioridad vuelva a ser la presencia de Dios y no la aprobación humana. Necesita predicaciones que formen discípulos y no simplemente consumidores de contenido cristiano. Necesita adoración que nazca de corazones rendidos y no solamente de ambientes emocionalmente intensos.

Porque el espectáculo puede llenar auditorios, pero solamente la gloria de Dios transforma vidas. El entretenimiento puede producir admiración momentánea, pero únicamente la presencia del Espíritu Santo puede quebrantar verdaderamente el corazón humano.

Y quizás una de las preguntas más necesarias para este tiempo sea esta: ¿estamos formando personas impresionadas por experiencias espirituales o discípulos verdaderamente rendidos al señorío de Cristo?

Porque cuando el espectáculo reemplaza al altar, la Iglesia puede continuar teniendo movimiento, visibilidad y emoción, pero lentamente comenzará a perder aquello que ninguna estrategia humana podrá sustituir jamás: la manifestación genuina de la gloria de Dios en medio de Su pueblo.



PARTE III

UNA GENERACIÓN SIN SANTIDAD

Capítulo nueve

PECADOS QUE YA NO AVERGÜENZAN

Uno de los síntomas más alarmantes de una generación que ha perdido el temor de Dios es la capacidad de convivir con el pecado sin experimentar verdadero quebranto interior. El problema no comienza solamente cuando el hombre cae, sino cuando deja de sentir el peso espiritual de su caída.

Porque mientras la conciencia continúa sensible delante del Señor, todavía existe posibilidad de arrepentimiento, restauración y regreso al altar; pero cuando el corazón comienza a endurecerse y el pecado deja de producir vergüenza, el peligro espiritual se vuelve mucho más profundo.

Vivimos en tiempos donde la cultura ha normalizado aquello que Dios continúa llamando pecado. Lo que antes era ocultado ahora muchas veces es celebrado públicamente. Lo que antes generaba conflicto moral hoy es presentado como una expresión legítima de libertad humana. Y lo más preocupante es que ese mismo espíritu del mundo ha comenzado lentamente a infiltrarse también dentro de

muchos sectores de la Iglesia, debilitando la sensibilidad espiritual y reduciendo la gravedad con la que el hombre percibe su desobediencia delante de Dios.

Isaías expresó una advertencia profundamente vigente para esta generación cuando dijo: ***“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!” (Isaías 5:20)***. Esa inversión moral representa una de las evidencias más claras de una sociedad que se ha alejado del temor del Señor. Porque cuando el hombre pierde la referencia absoluta de la santidad divina, inevitablemente comienza a construir sus propios parámetros de verdad, adaptando la moral según sus deseos, emociones y conveniencias personales.

El problema del pecado nunca ha sido solamente conductual; es esencialmente espiritual. El pecado separa al hombre de la sensibilidad hacia Dios. Endurece el corazón, distorsiona el discernimiento y debilita progresivamente la conciencia espiritual. Por eso una de las estrategias más peligrosas del enemigo no consiste únicamente en tentar al hombre a pecar, sino en lograr que el pecado deje de producirle conflicto interior.

Jeremías describió perfectamente esta condición cuando preguntó: ***“¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente no se han avergonzado” (Jeremías 8:12)***. El problema no era solamente la práctica del pecado, sino la desaparición de la vergüenza. El corazón había perdido sensibilidad. La conciencia ya no reaccionaba

correctamente delante de aquello que ofendía la santidad de Dios.

Y quizás allí radica una de las tragedias más silenciosas de esta generación: muchas personas todavía desean experimentar bendición, unción y prosperidad espiritual, pero sin permitir que el Espíritu Santo confronte profundamente aquellas áreas ocultas que continúan resistiendo el gobierno del Reino.

La cultura moderna constantemente le enseña al hombre a justificar sus deseos. Todo gira alrededor de la autoafirmación, del derecho individual y de la búsqueda permanente de satisfacción personal. Pero el Evangelio jamás colocó al yo en el centro.

Cristo vino precisamente para destruir el dominio del viejo hombre y establecer una nueva vida gobernada por el Espíritu Santo. Por eso Jesús declaró: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”*** (Lucas 9:23). El Reino nunca fue compatible con una vida dominada por la carne.

Sin embargo, una generación que perdió el temor santo suele tener dificultad para aceptar cualquier mensaje que confronte el pecado. Prefiere hablar únicamente de aceptación, bienestar y realización personal, evitando todo aquello que demande arrepentimiento, santidad y transformación interior. Y cuando el arrepentimiento

desaparece, inevitablemente también comienza a desaparecer la profundidad espiritual.

El arrepentimiento genuino nunca consiste solamente en sentirse mal emocionalmente; es un cambio profundo de dirección delante de Dios. La palabra griega metanoia implica precisamente un cambio de mente, de pensamiento y de rumbo. El Evangelio no vino solamente para aliviar culpas, sino para transformar completamente la vida del hombre. Pero donde el pecado deja de producir vergüenza, el arrepentimiento se vuelve superficial o inexistente.

Pablo habló de personas que ***“perdieron toda sensibilidad”*** y se entregaron ***“a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza”*** (Efesios 4:19). Esa expresión describe el proceso gradual de endurecimiento espiritual. El corazón no se vuelve insensible de un día para otro. La conciencia se deteriora progresivamente cada vez que el hombre ignora la voz del Espíritu Santo y justifica aquello que Dios continúa confrontando.

Ese endurecimiento muchas veces comienza en pequeñas concesiones. Áreas aparentemente insignificantes que el hombre tolera dentro de su vida pensando que no tendrán consecuencias espirituales profundas. Pero el problema del pecado nunca es solamente el acto visible; es lo que produce interiormente en la relación con Dios. Cada vez que el hombre normaliza aquello que el Señor llamó impuro, algo comienza lentamente a apagarse dentro de él.

Por eso David, después de su caída, clamó desesperadamente: ***“No eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu”*** (Salmo 51:11). David entendía que el problema más grave no era solamente haber cometido pecado, sino perder la comunión y la sensibilidad hacia la presencia de Dios. El verdadero arrepentimiento nace cuando el hombre comprende que el pecado no solamente viola principios morales, sino que hiere profundamente la relación con el Señor.

Lamentablemente, hoy muchos desean una espiritualidad sin confrontación. Quieren las promesas del Reino, pero sin rendir completamente aquellas áreas que todavía permanecen bajo el dominio de la carne. Y cuando el pecado deja de ser tratado seriamente, la vida espiritual comienza lentamente a vaciarse de poder y de gloria.

La gracia verdadera jamás fue dada para convivir cómodamente con el pecado. **Romanos 6:1 y 2** declara: ***“¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera”***. Pablo confronta aquí una distorsión que continúa existiendo hasta hoy: utilizar la gracia como excusa para la liviandad espiritual. Pero la gracia genuina no tolera el pecado; lo confronta y capacita al creyente para vivir en santidad.

El problema no es predicar la gracia; el problema es predicar una gracia desconectada del gobierno del Reino. Porque la gracia bíblica siempre conduce a una vida transformada. **Tito 2:11 y 12** enseña que la gracia ***“nos***

enseña” a renunciar a la impiedad y a vivir piadosamente. Eso significa que la gracia no solamente perdona; también forma carácter santo dentro del creyente.

Uno de los grandes peligros de esta generación es perder la capacidad de llorar por el pecado. Y cuando desaparecen las lágrimas del arrepentimiento, el corazón comienza lentamente a endurecerse. Ya no existe lucha interior, ni quebranto, ni hambre de limpieza espiritual. El hombre aprende a convivir con áreas ocultas mientras continúa sosteniendo una apariencia externa de espiritualidad.

Pero el Reino jamás fue diseñado para funcionar sobre apariencias. Dios siempre mira el corazón. Jesús confrontó duramente a los fariseos porque externamente parecían correctos, pero interiormente estaban lejos de la vida verdadera de Dios. La religión puede maquillar conductas externas, pero solamente el Espíritu Santo puede producir pureza genuina en lo profundo del hombre.

Por eso la Iglesia necesita urgentemente recuperar la predicación del arrepentimiento. No desde la condenación religiosa ni desde el legalismo, sino desde la verdad del Reino. El arrepentimiento no es humillación destructiva; es la puerta hacia la restauración espiritual. Dios no confronta el pecado para destruir al hombre, sino para rescatarlo del poder que lentamente endurece su corazón y lo aleja de la plenitud de Su presencia.

El Espíritu Santo sigue buscando una generación sensible. Hombres y mujeres cuyo corazón todavía pueda quebrantarse delante de Dios. Personas que no justifiquen el pecado, sino que corran nuevamente al altar en búsqueda de limpieza, restauración y transformación genuina.

Porque una de las señales más peligrosas de decadencia espiritual no es solamente la presencia del pecado, sino la ausencia de vergüenza delante de él. Y cuando una generación deja de sonrojarse delante de aquello que hiere la santidad de Dios, inevitablemente comienza a perder también la capacidad de discernir correctamente la gloria del Reino.

Pero todavía existe esperanza para aquellos que vuelven al Señor con un corazón humilde y arrepentido. Porque donde todavía hay quebranto, todavía hay posibilidad de restauración. Donde todavía hay lágrimas sinceras, todavía hay vida espiritual. Y donde el hombre vuelve a temblar delante de Dios, el Espíritu Santo puede comenzar nuevamente una obra profunda de transformación interior.



Capítulo diez

SANTIDAD OLVIDADA

Uno de los daños más profundos que ha sufrido gran parte del cristianismo moderno no es solamente la pérdida del temor de Dios, sino también el debilitamiento progresivo de la enseñanza acerca de la santidad. Durante años, muchos han enfatizado correctamente el amor, la gracia y la misericordia divina, pero en algunos casos esas verdades fueron desconectadas del carácter santo de Dios, produciendo una espiritualidad donde el hombre desea cercanía con el Señor sin necesariamente permitir que esa cercanía transforme profundamente su manera de vivir.

Sin embargo, la santidad no es un tema secundario dentro del Reino. La santidad está ligada a la naturaleza misma de Dios. No es simplemente una exigencia moral ni un conjunto de reglas externas; es la expresión del carácter divino manifestándose en la vida del creyente. Por eso las Escrituras declaran repetidamente: ***“Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16)***. El llamado a la santidad no nace del legalismo religioso, sino de la identidad misma del Reino.

Dios jamás llamó a Su pueblo únicamente a asistir a reuniones, aprender doctrinas o desarrollar actividad espiritual. Lo llamó a reflejar Su naturaleza en medio de un mundo corrompido por el pecado. El propósito del Evangelio nunca fue solamente garantizar el perdón eterno, sino restaurar al hombre a una vida gobernada nuevamente por el Espíritu Santo.

Y justamente allí aparece uno de los mayores conflictos de esta generación: muchos desean los beneficios del Reino, pero no necesariamente el proceso de transformación que el Reino demanda.

La santidad incomoda a la carne porque confronta todo aquello que el hombre todavía desea preservar fuera del gobierno de Dios. Por eso una generación dominada por el individualismo y por la búsqueda constante de satisfacción personal suele resistirse profundamente a cualquier mensaje que hable de renuncia, consagración y obediencia. Pero el Reino jamás fue compatible con una vida centrada en el yo.

Jesús no murió simplemente para mejorar algunos aspectos externos de nuestra conducta; vino para formar una nueva creación. La cruz no solamente perdona pecados; crucifica al viejo hombre. Pablo lo expresó claramente en **Gálatas 2:20**: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”***. Esa es la esencia de la vida cristiana: una existencia donde el yo pierde centralidad y Cristo comienza a gobernar plenamente el corazón.

Sin embargo, uno de los grandes problemas de este tiempo es que muchas veces la santidad ha sido reducida a simples apariencias externas o, en el extremo opuesto, prácticamente eliminada del mensaje cristiano para evitar confrontación. Ambos errores distorsionan profundamente el Evangelio. La santidad bíblica no consiste solamente en códigos exteriores, pero tampoco puede existir una verdadera relación con Dios sin transformación visible del carácter y de la conducta.

La santidad comienza en el interior, pero inevitablemente termina manifestándose exteriormente. Porque aquello que gobierna el corazón tarde o temprano se refleja también en la manera de vivir. Jesús dijo: ***“Por sus frutos los conoceréis”*** (Mateo 7:16). El Reino siempre produce fruto visible. No como resultado de esfuerzo humano independiente, sino como consecuencia natural de una vida sometida al Espíritu Santo.

El problema es que una generación acostumbrada a convivir con la cultura del pecado muchas veces ya no percibe cuán profundamente ciertas prácticas, pensamientos y estilos de vida afectan su comunión con Dios. Lentamente, el estándar de santidad comienza a ajustarse más a la cultura que a las Escrituras. Y cuando la Iglesia comienza a parecerse demasiado al sistema del mundo, inevitablemente pierde autoridad espiritual.

Pablo escribió en **Romanos 12:2**: ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación***

de vuestro entendimiento". El Reino nunca fue diseñado para adaptarse a los valores caídos de este mundo. El creyente fue llamado a vivir bajo una cultura diferente: la cultura del cielo. Eso no significa aislamiento religioso ni superioridad espiritual, sino una vida gobernada por principios distintos, donde Cristo verdaderamente ocupa el lugar central.

La santidad no es separación arrogante de las personas; es separación del dominio del pecado. Jesús mismo se acercaba a pecadores, pero jamás participaba de aquello que contaminaba la pureza del Reino. Él manifestaba gracia sin comprometer santidad. Y ese equilibrio continúa siendo fundamental para la Iglesia de este tiempo.

Uno de los mayores engaños modernos es pensar que la santidad limita la libertad humana. Pero en realidad ocurre exactamente lo contrario. El pecado nunca produce verdadera libertad; esclaviza silenciosamente el corazón. Jesús declaró: ***“Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (Juan 8:34)***. La santidad no es opresión espiritual; es liberación del dominio destructivo de la carne.

Por eso el Espíritu Santo trabaja continuamente en la vida del creyente. No solamente para consolarlo, sino también para transformarlo. Dios ama demasiado a Sus hijos como para dejarlos gobernados por aquello que destruye su comunión con Él. La disciplina, la corrección y la confrontación divina son expresiones de Su amor paternal y no señales de rechazo.

Hebreos 12:14 declara: “*Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor*”. Ese versículo resulta profundamente confrontativo para una generación que muchas veces desea experimentar a Dios sin rendir completamente su vida al proceso de santificación. El escritor no está hablando aquí de perfección humana absoluta, sino de una dirección continua del corazón hacia una vida sometida al gobierno de Dios.

La santidad verdadera no nace del esfuerzo carnal por aparentar espiritualidad. Nace de una relación viva con Cristo. Cuanto más el hombre contempla la gloria del Señor, más comienza a ser transformado por ella. La comunión genuina con Dios inevitablemente produce cambios.

El Espíritu Santo comienza a confrontar hábitos, pensamientos, deseos y actitudes que antes parecían normales. Y aunque ese proceso muchas veces resulte incómodo para el alma, es precisamente allí donde el Reino comienza a manifestarse con mayor profundidad.

Lamentablemente, algunos han reducido la gracia a una especie de permiso implícito para convivir cómodamente con áreas de desobediencia. Pero la gracia jamás fue dada para proteger la carne; fue dada para destruir su dominio. **Tito 2:11 y 12** enseña que la gracia nos capacita para “*renunciar a la impiedad*”. Eso significa que la verdadera gracia siempre conduce hacia una vida más santa y no hacia una espiritualidad más liviana.

La santidad tampoco significa ausencia de luchas. Todo creyente atraviesa procesos, batallas y áreas donde necesita crecimiento espiritual. El problema no es la existencia de lucha; el problema aparece cuando el hombre deja de pelear y comienza a justificar aquello mismo que Dios quiere transformar. Mientras exista hambre de santidad, sensibilidad al Espíritu Santo y disposición al arrepentimiento, todavía hay vida espiritual.

David cayó profundamente, pero su diferencia estuvo en que no perdió completamente el temor de Dios. Su pecado produjo quebranto genuino. Corrió nuevamente al altar con lágrimas y arrepentimiento sincero. **Salmo 51** revela el corazón de un hombre que comprendía que el problema más grave no era solamente haber fallado, sino haber herido su comunión con Dios.

La santidad olvidada es una de las tragedias más peligrosas de este tiempo porque una Iglesia sin santidad inevitablemente terminará vaciándose también de gloria. Dios jamás dejó de ser santo. El cielo continúa lleno de criaturas que proclaman día y noche: ***“Santo, santo, santo”*** (**Apocalipsis 4:8**). La eternidad entera gira alrededor de la santidad divina. Resulta alarmante que precisamente aquello que el cielo jamás deja de exaltar sea muchas veces minimizado en la tierra.

La Iglesia necesita volver urgentemente a predicar una santidad equilibrada, nacida de la gracia y sostenida por el Espíritu Santo. No una santidad legalista basada en

apariencias externas, pero tampoco una espiritualidad superficial donde el pecado deja de ser confrontado. El Reino necesita creyentes que vuelvan a comprender que fueron llamados no solamente a ser perdonados, sino también transformados.

Porque el propósito final de Dios nunca fue simplemente llevar personas al cielo, sino formar hijos que reflejen el carácter de Cristo en medio de la tierra. Y cuando una generación vuelve a abrazar la santidad correctamente, también comienza a recuperar el temor santo, la sensibilidad espiritual y la gloria de la presencia de Dios en medio de ella.



Capítulo once

LA GRACIA MAL INTERPRETADA

Pocas verdades son tan gloriosas y transformadoras como la gracia de Dios. Toda la obra de salvación descansa completamente sobre ella. El hombre no fue reconciliado con el Padre por mérito propio, por capacidad humana ni por justicia personal, sino únicamente por la gracia manifestada en Jesucristo.

La cruz destruyó toda posibilidad de jactancia humana y dejó en evidencia que la salvación es un regalo inmerecido nacido del amor perfecto de Dios. Sin gracia, ninguno podría acercarse al Padre; ninguno podría permanecer en pie delante de Su santidad; ninguno tendría esperanza de redención.

Sin embargo, justamente por ser una verdad tan poderosa, la gracia también ha sido una de las doctrinas más malinterpretadas en este tiempo. Porque cuando la gracia es desconectada del gobierno del Reino y de la transformación interior que produce el Espíritu Santo, termina siendo reducida a una idea superficial de aceptación sin arrepentimiento, de misericordia sin santidad y de amor sin

obediencia. Y allí comienza una de las distorsiones más peligrosas de esta generación.

Muchos han confundido la gracia con permisividad divina. Han interpretado el amor de Dios como una autorización implícita para convivir cómodamente con áreas de desobediencia. Pero la gracia jamás fue dada para proteger la carne; fue dada para liberarnos de su dominio. El propósito de la cruz nunca fue simplemente hacer sentir mejor al hombre caído, sino rescatarlo completamente del poder del pecado y restaurarlo bajo el gobierno de Cristo.

Pablo enfrentó precisamente esta distorsión en la iglesia primitiva. En **Romanos 6:1** preguntó: *“¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?”*. Y su respuesta fue inmediata y contundente: *“En ninguna manera”*. Resulta importante comprender que esta confusión no es nueva. Desde el comienzo, existieron personas que intentaron utilizar la gracia como excusa para una vida espiritual liviana. Pero el Evangelio jamás separó la gracia del llamado a la transformación.

La verdadera gracia no solamente perdona; también enseña, corrige y forma el carácter del creyente. **Tito 2:11 y 12** declara: *“Porque la gracia de Dios se ha manifestado... enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos... sobria, justa y piadosamente”*. Observemos esto cuidadosamente: la gracia enseña a renunciar. Eso significa que la gracia genuina no

produce conformidad con el pecado, sino hambre de santidad.

El problema de muchos en este tiempo no es que hayan entendido demasiado la gracia, sino que la han reducido únicamente a uno de sus aspectos: el perdón. Y aunque el perdón es glorioso, la gracia bíblica va mucho más allá. La gracia no solamente cancela culpa; transforma naturaleza. No solamente abre la puerta del Reino; forma ciudadanos del Reino.

Jesús nunca predicó una gracia que dejara intacto el corazón humano. Cuando la mujer adúltera fue llevada delante de Él, Cristo no la condenó, pero tampoco relativizó su pecado. Le dijo: ***“Ni yo te condeno; vete, y no peques más”*** (Juan 8:11). Allí vemos perfectamente el equilibrio del Reino: misericordia y santidad caminando juntas. El amor de Dios restaura al hombre, pero también lo llama a abandonar aquello que destruye su comunión con el Señor.

Sin embargo, una generación acostumbrada a evitar confrontación suele sentirse incómoda ante cualquier mensaje que hable de obediencia, santidad o arrepentimiento. Se desea una espiritualidad donde Dios siempre afirme al hombre, pero sin confrontar aquellas áreas que todavía permanecen bajo el dominio de la carne.

Cuando eso ocurre, la gracia comienza lentamente a deformarse hasta convertirse en una versión humanizada del

Evangelio. Pero el Reino jamás gira alrededor de la comodidad del hombre. Gira alrededor del señorío de Cristo.

La gracia verdadera no elimina la necesidad de rendición; la hace posible. Antes de Cristo, el hombre estaba esclavizado bajo el dominio del pecado. Pero ahora, mediante el Espíritu Santo, el creyente recibió poder para vivir una vida nueva. Por eso Pablo declara en **Romanos 6:14**: ***“El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”***. La gracia no fortalece el pecado; rompe su autoridad sobre el creyente.

Uno de los problemas más peligrosos de este tiempo es la construcción de un cristianismo sin cruz. Se habla de bendición, propósito y victoria, pero muchas veces se evita hablar de muerte del yo, negación personal y transformación profunda. Sin embargo, Jesús dejó claro que seguirle implicaba tomar la cruz diariamente. El Evangelio no vino simplemente para mejorar algunas áreas de nuestra vida; vino para establecer el gobierno del Reino sobre cada dimensión del corazón humano.

La cruz continúa siendo ofensiva para la carne porque confronta la autosuficiencia humana. El hombre quiere una gracia que le permita continuar gobernándose a sí mismo, pero el Reino demanda rendición completa. Cristo no vino solamente para ser Salvador; vino para ser Señor. Y donde Él verdaderamente reina, la carne comienza a perder terreno.

Eso no significa perfección instantánea. Todo creyente atraviesa procesos de crecimiento y santificación. La vida cristiana no consiste en ausencia total de luchas, sino en una dirección continua del corazón hacia Dios. El problema aparece cuando el hombre deja de pelear contra aquello que el Espíritu Santo confronta y comienza a justificarlo bajo argumentos de gracia mal entendida.

Judas advirtió acerca de hombres que ***“convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios”*** (Judas 1:4). Esa advertencia resulta profundamente actual. Existe una gracia falsa que no confronta el pecado, que no llama al arrepentimiento y que no produce transformación interior. Pero esa no es la gracia revelada en las Escrituras. La gracia del Reino siempre conduce a una vida más cercana a Cristo, más sensible al Espíritu Santo y más consciente de la santidad de Dios.

La verdadera gracia jamás produce arrogancia espiritual. Al contrario, cuanto más comprende un hombre la magnitud de la misericordia divina, más humilde y agradecido se vuelve delante del Señor. La gracia genuina destruye el orgullo humano porque revela continuamente cuánto dependemos de Dios.

Pablo entendía esto profundamente. Aun siendo apóstol, nunca perdió la conciencia de que todo lo que era provenía únicamente de la gracia divina. En **1 Corintios 15:10** declaró: ***“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy”***.

Esa comprensión produce reverencia, no liviandad. Produce gratitud, no indiferencia espiritual.

El problema es que una generación sin temor santo suele reducir la gracia a un simple concepto emocional de aceptación personal. Pero la gracia bíblica no solamente nos acepta; también nos transforma. Nos recibe como somos, pero nos ama demasiado como para dejarnos gobernados por la carne.

Por eso **Hebreos 12:28** dice: ***“Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia”***. Resulta revelador que el escritor conecte gracia y reverencia. La verdadera gracia nunca destruye el temor santo; lo profundiza correctamente. Porque cuanto más comprende el creyente la magnitud de la obra de Cristo, más consciente se vuelve de la gloria, la santidad y la misericordia del Dios que lo rescató.

La Iglesia necesita urgentemente recuperar el equilibrio del Reino. Necesita volver a predicar una gracia poderosa, restauradora y profundamente transformadora. Una gracia que no produzca condenación religiosa, pero tampoco liviandad espiritual. Una gracia que conduzca nuevamente al altar, al arrepentimiento y a una vida rendida al señorío de Cristo.

Porque el problema no es predicar demasiado la gracia; el problema es predicar una gracia desconectada de la cruz, de la santidad y del gobierno del Reino.

Y cuando la gracia es correctamente entendida, el hombre no utiliza la misericordia de Dios como excusa para acercarse al pecado, sino como motivación profunda para apartarse de aquello que hiere el corazón del Padre y entristece la presencia del Espíritu Santo.



Capítulo doce

EL ESPÍRITU SANTO ENTRISTECIDO

Una de las realidades más solemnes y menos comprendidas por gran parte de esta generación es que el Espíritu Santo no es una fuerza impersonal, ni una simple manifestación de poder espiritual, sino una Persona divina que vive en íntima relación con la Iglesia.

Él siente, habla, guía, consuela, redarguye y también puede ser resistido, apagado y entristecido. Y quizás una de las tragedias más silenciosas de este tiempo sea precisamente esta: muchas personas desean las manifestaciones del Espíritu, pero viven sin verdadera sensibilidad hacia aquello que entristece Su presencia.

La cultura moderna ha acostumbrado al hombre a buscar experiencias rápidas, emociones intensas y resultados visibles, incluso dentro de la vida espiritual. Por eso muchas veces se habla del Espíritu Santo únicamente en términos de milagros, unción o manifestaciones sobrenaturales, mientras se deja de lado Su obra más profunda: formar el carácter de Cristo dentro del creyente.

Pero el propósito principal del Espíritu no es solamente producir experiencias espirituales; es transformar al hombre para que viva bajo el gobierno del Reino. Y allí aparece una verdad profundamente confrontativa: el Espíritu Santo no habita cómodamente en ambientes donde la carne gobierna continuamente sin arrepentimiento.

Efesios 4:30 declara claramente: *“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios”*. Resulta impactante que Pablo no esté hablando aquí a incrédulos, sino a creyentes. Eso significa que es posible desarrollar una vida espiritual externa mientras interiormente se entristece continuamente la presencia del Espíritu Santo mediante actitudes, pensamientos y prácticas que contradicen la naturaleza del Reino.

La palabra “contristar” implica causar dolor, aflicción o tristeza. Esto revela algo profundamente importante: Dios no busca simplemente actividad religiosa; busca comunión verdadera. El Espíritu Santo no vino solamente para acompañar reuniones cristianas; vino para habitar en corazones rendidos, sensibles y dispuestos a obedecer la voz del Señor.

Sin embargo, una generación que ha perdido el temor de Dios suele acostumbrarse peligrosamente a convivir con áreas de desobediencia mientras continúa buscando experiencias espirituales. Se desean dones, poder y manifestaciones visibles, pero muchas veces sin permitir que

el Espíritu confronte profundamente aquellas áreas ocultas que todavía permanecen bajo el dominio de la carne.

El problema es que el Espíritu Santo jamás respaldará plenamente aquello que contradice la santidad del Reino. La presencia de Dios nunca fue diseñada para adaptarse al pecado del hombre; el hombre fue llamado a rendirse delante de la presencia de Dios.

Uno de los errores más comunes de este tiempo es pensar que el Espíritu Santo solamente se manifiesta mediante momentos intensos de adoración o experiencias emocionales visibles. Pero muchas veces Su obra más profunda ocurre precisamente en silencio, cuando confronta el corazón, produce arrepentimiento y llama al creyente nuevamente a la obediencia. El Espíritu Santo no solamente consuela; también corrige. No solamente fortalece; también purifica.

Jesús dijo acerca de Él: ***“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”*** (Juan 16:8). Eso significa que una de las evidencias más claras de Su obra activa en la vida de una persona es precisamente la sensibilidad hacia el pecado y el deseo creciente de vivir en santidad. Cuando esa sensibilidad comienza a desaparecer, el peligro espiritual se vuelve enorme.

Porque el endurecimiento del corazón nunca ocurre de golpe. El hombre comienza ignorando pequeñas

convicciones del Espíritu. Justifica ciertas actitudes. Tolera pensamientos incorrectos. Convive con áreas ocultas que sabe que necesitan rendición. Y poco a poco, la voz del Espíritu comienza a escucharse cada vez más distante dentro de la conciencia. No porque Dios haya dejado de hablar, sino porque el hombre dejó de responder.

Eso fue exactamente lo que ocurrió con Saúl. Al principio, era un hombre sensible a la dirección de Dios. Pero progresivamente comenzó a priorizar su propia voluntad por encima de la obediencia. Justificó desobediencias aparentemente pequeñas. Se preocupó más por la opinión de las personas que por agradar al Señor. Y lentamente el Espíritu de Dios comenzó a apartarse de él. La tragedia de Saúl no fue solamente perder un reino; fue perder sensibilidad hacia la presencia divina.

Hoy existe un peligro semejante dentro de muchos ambientes cristianos. Personas que continúan desarrollando actividad espiritual, pero cuyo corazón ya no responde con rapidez a la voz del Espíritu Santo. La conciencia se vuelve lenta. El arrepentimiento pierde profundidad. La oración se vuelve mecánica. La Palabra deja de confrontar. Y aunque externamente todavía exista movimiento religioso, interiormente algo comenzó a apagarse.

Por eso Pablo también exhorta en **1 Tesalonicenses 5:19: “No apaguéis al Espíritu”**. Resulta profundamente revelador que el Espíritu Santo pueda ser “apagado” en la experiencia práctica del creyente. No se trata de que Dios

pierda poder, sino de que el hombre puede resistir continuamente la obra del Espíritu hasta debilitar profundamente su sensibilidad espiritual.

El fuego del Espíritu necesita ser alimentado mediante comunión, obediencia y reverencia. Pero cuando la carne domina constantemente el corazón, el fuego comienza lentamente a debilitarse. Allí aparece una espiritualidad seca, rutinaria y sin profundidad.

El hombre continúa hablando acerca de Dios, pero perdió el gozo de Su presencia. Continúa asistiendo a reuniones, pero ya no experimenta hambre genuina por el Señor. Y quizás una de las señales más peligrosas de este tiempo sea precisamente esta: personas que aprendieron a vivir espiritualmente vacías sin alarmarse por ello.

David comprendía profundamente el valor de la presencia de Dios. Después de su pecado clamó desesperadamente: ***“No me echas de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu”*** (Salmo 51:11). David entendía que el problema más grave no era solamente haber caído, sino perder la comunión viva con el Señor. El verdadero hombre espiritual teme más perder sensibilidad hacia Dios que perder cualquier otra cosa en esta vida.

Sin embargo, muchos hoy parecen más preocupados por conservar reputación ministerial, éxito visible o reconocimiento humano que por mantener una relación limpia y sensible delante del Espíritu Santo. Y cuando el

temor de Dios desaparece, el hombre inevitablemente comienza a priorizar otras cosas por encima de la presencia divina.

El Espíritu Santo no habita plenamente en atmósferas dominadas por orgullo, irreverencia y pecado no confrontado. Él es santo. Y aunque permanece lleno de gracia y misericordia hacia nuestras debilidades, jamás hará alianza con aquello que destruye el propósito del Reino en nosotros. Su obra siempre apunta hacia Cristo, hacia la santidad y hacia la transformación del corazón.

Por eso una Iglesia que entristece continuamente al Espíritu Santo inevitablemente comienza a vaciarse de gloria verdadera. Puede mantener estructuras, programas y actividad visible, pero algo esencial empieza a desaparecer: el peso de la presencia de Dios. Y cuando la gloria se retira, el hombre suele intentar llenar ese vacío mediante emociones artificiales, activismo religioso o entretenimiento espiritual. Pero nada puede sustituir la obra genuina del Espíritu Santo.

La Iglesia necesita urgentemente volver a cultivar sensibilidad espiritual. Necesita recuperar la capacidad de responder rápidamente a la voz del Espíritu, de arrepentirse sinceramente cuando Él confronta y de caminar nuevamente en obediencia humilde delante del Señor. Porque el Reino nunca fue diseñado para funcionar sin dependencia continua del Espíritu Santo.

El Espíritu sigue buscando corazones donde pueda habitar libremente. Personas que no solamente deseen Su poder, sino también Su gobierno. Creyentes que amen Su presencia más que cualquier experiencia superficial. Hombres y mujeres que comprendan que la verdadera vida espiritual no consiste solamente en manifestaciones visibles, sino en caminar diariamente en comunión profunda con Él.

Quizás una de las oraciones más necesarias para esta generación sea esta: *“Espíritu Santo, no permitas jamás que mi corazón se vuelva insensible a Tu voz”*. Porque cuando el hombre deja de escuchar al Espíritu, lentamente comienza a escuchar únicamente su propia carne. Pero cuando vuelve a rendirse completamente delante de Su presencia, el fuego del Reino puede encenderse nuevamente dentro del corazón.



PARTE IV

RECUPERANDO EL ASOMBRO SANTO

Capítulo trece

EL PRINCIPIO DE LA SABIDURÍA

Vivimos en una generación que posee acceso a enormes cantidades de información, pero que al mismo tiempo evidencia una profunda crisis de sabiduría espiritual. Nunca antes el hombre tuvo tanta capacidad para adquirir conocimiento y, sin embargo, nunca había mostrado tanta confusión respecto al propósito de la vida, a la verdad absoluta y al significado de caminar correctamente delante de Dios.

Esto revela una realidad importante: el conocimiento por sí solo no transforma el corazón. El hombre puede acumular información bíblica, desarrollar argumentos teológicos y dominar lenguaje espiritual, pero aun así vivir lejos de la verdadera sabiduría del Reino. Porque la sabiduría celestial no comienza en la inteligencia humana; comienza en el temor de Dios.

Proverbios 9:10 declara: *“El temor de Jehová es el principio de la sabiduría”*. No dice que sea una opción secundaria ni un complemento espiritual para creyentes más

comprometidos; lo presenta como el fundamento mismo sobre el cual se construye una vida verdaderamente sabia. Sin temor santo, el hombre puede volverse religioso, intelectual o emocionalmente espiritual, pero jamás caminará correctamente en el Reino.

La sabiduría bíblica no consiste simplemente en saber muchas cosas acerca de Dios; consiste en vivir correctamente delante de Él. Y eso solamente es posible cuando el corazón reconoce verdaderamente quién ocupa el trono. Porque el temor santo coloca al hombre en su posición correcta: dependiente, humilde y sometido al gobierno del Señor.

Uno de los mayores problemas de esta generación es precisamente el crecimiento de una espiritualidad sin reverencia. Muchas personas desean las bendiciones del Reino, pero sin permitir que Dios gobierne completamente sus decisiones, pensamientos y caminos. Se busca consejo divino para alcanzar metas personales, pero no necesariamente rendición absoluta a la voluntad del Rey. Y cuando el hombre conserva el control de su propia vida, inevitablemente termina alejándose de la verdadera sabiduría.

La sabiduría del Reino siempre nace de la obediencia. Por eso Jesús dijo en **Mateo 7:24**: ***“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente”***. Observemos que la prudencia no se relaciona solamente con escuchar la verdad, sino con obedecerla. El Reino nunca fue diseñado para producir

solamente oyentes informados; fue establecido para formar discípulos rendidos al señorío de Cristo.

Sin embargo, el hombre moderno muchas veces prefiere una espiritualidad que le permita conservar autonomía. Quiere inspiración, dirección y ayuda divina, pero sin abandonar completamente el gobierno del yo. El problema es que mientras el hombre continúe gobernándose a sí mismo, jamás podrá experimentar plenamente la sabiduría que proviene del cielo. Porque el temor de Dios destruye la autosuficiencia.

El hombre que teme al Señor reconoce continuamente cuánto necesita Su dirección. Comprende que sus emociones pueden equivocarse, que su entendimiento es limitado y que solamente Dios posee visión perfecta sobre todas las cosas. Por eso **Proverbios 3:5 al 7** declara: ***“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia... No seas sabio en tu propia opinión; teme a Jehová, y apártate del mal”***.

Resulta profundamente revelador que las Escrituras conecten directamente el temor de Dios con apartarse del mal. Porque el temor santo no es simplemente una emoción religiosa; produce decisiones prácticas. El hombre que teme verdaderamente al Señor comienza a discernir el pecado de manera diferente. Ya no lo evalúa solamente según conveniencia personal, sino según aquello que honra o entristece el corazón de Dios.

José entendía esto cuando fue tentado en Egipto. Frente a la posibilidad del pecado declaró: ***“¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?”*** (Génesis 39:9). Observemos que el centro de su respuesta no era el miedo a las consecuencias humanas, sino su reverencia hacia Dios. El temor santo había formado dentro de él una conciencia espiritual capaz de resistir aun en medio de la tentación.

Hoy, en cambio, muchos intentan luchar contra el pecado únicamente mediante fuerza de voluntad o disciplina externa, pero sin desarrollar verdadera reverencia delante del Señor. Y cuando el temor santo está ausente, el hombre inevitablemente comienza a justificar aquello que la carne desea conservar.

El temor de Dios también preserva el corazón del orgullo espiritual. Porque cuanto más conoce verdaderamente un hombre la gloria del Señor, más consciente se vuelve de su propia dependencia. La verdadera revelación nunca produce arrogancia; produce humildad. Isaías vio la gloria de Dios y cayó quebrantado. Daniel perdió sus fuerzas delante de la presencia divina. Juan cayó como muerto en Patmos. Cada encuentro genuino con la majestad de Dios destruye la autosuficiencia humana.

Sin embargo, una generación que ha perdido el temor santo suele exaltar excesivamente la capacidad del hombre. Todo gira alrededor del potencial humano, de la autoafirmación y de la exaltación personal. Incluso dentro de

algunos ambientes cristianos existe el peligro de construir mensajes donde el hombre ocupa demasiado espacio y Cristo demasiado poco. Pero la sabiduría del Reino siempre devuelve la gloria a Dios.

El temor santo también protege la vida espiritual del engaño. Porque el hombre que permanece reverente delante del Señor mantiene un corazón enseñable y sensible a la corrección. En cambio, cuando desaparece el temor de Dios, el hombre comienza a confiar excesivamente en su propio criterio. Y allí se vuelve vulnerable al autoengaño espiritual.

Proverbios 16:25 declara: *“Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte”*. La carne humana posee una enorme capacidad para justificarse a sí misma. Por eso el hombre necesita continuamente la luz de la Palabra y la dirección del Espíritu Santo. El temor del Señor mantiene al creyente dependiente de esa dirección divina.

Uno de los síntomas más claros de una generación sin temor de Dios es la pérdida de discernimiento espiritual. Las personas comienzan a llamar bueno a lo malo y malo a lo bueno. La cultura empieza a definir la moral más que las Escrituras. El pecado se vuelve aceptable. La santidad parece exagerada. Y lentamente la conciencia espiritual comienza a endurecerse.

Pero donde el temor santo vuelve a ser restaurado, también comienza a regresar la claridad espiritual. El hombre

vuelve a discernir correctamente aquello que honra a Dios y aquello que lo aleja de Su presencia. La reverencia produce sensibilidad. El quebranto mantiene vivo el corazón. Y la obediencia abre camino para caminar bajo la sabiduría del Reino.

La Iglesia primitiva entendía profundamente esta realidad. **Hechos 9:31** declara que las iglesias *“andaban en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo”*. Observemos nuevamente el equilibrio: temor y Espíritu funcionando juntos. El temor santo no apaga la obra del Espíritu; la preserva en pureza y profundidad.

Lamentablemente, hoy muchos desean poder espiritual sin carácter transformado, manifestaciones sin reverencia y experiencias sobrenaturales sin santidad. Pero el Reino jamás separa estas dimensiones. La gloria de Dios nunca fue diseñada para alimentar el ego humano; fue dada para formar una generación humilde, sensible y completamente rendida al Rey.

El temor de Dios también trae estabilidad. En un mundo lleno de confusión, presiones y engaños constantes, el hombre que teme al Señor desarrolla raíces profundas. Ya no vive guiado solamente por emociones cambiantes ni por tendencias culturales pasajeras. Su vida se sostiene sobre la verdad eterna de Dios.

Por eso **Salmo 25:14** declara: *“La comunión íntima de Jehová es con los que le temen”*. Qué declaración tan

poderosa. El temor santo no aleja al hombre de Dios; lo introduce en una dimensión más profunda de intimidad y revelación. La reverencia correcta abre espacio para una relación más madura con el Señor.

Necesitamos urgentemente volver a enseñar a esta generación que el temor de Dios no es una doctrina antigua ni una experiencia reservada para otros tiempos. Sigue siendo el fundamento de toda verdadera sabiduría espiritual. Sin temor santo, la Iglesia corre el riesgo de llenarse de información, actividades y emociones, pero vaciarse de discernimiento, profundidad y gloria verdadera.

Porque el hombre puede impresionar a otros mediante conocimiento humano, pero solamente el temor de Dios produce una vida verdaderamente sabia delante del cielo.

Y quizás una de las necesidades más urgentes de este tiempo sea precisamente esta: levantar nuevamente una generación que no solamente conozca acerca de Dios, sino que vuelva a caminar delante de Él con reverencia, humildad y profundo temor santo.



Capítulo catorce

UNA IGLESIA MARCADA POR LA GLORIA

Desde el principio, el propósito de Dios jamás fue simplemente levantar una institución religiosa sobre la tierra, sino formar un pueblo que manifestara Su presencia, reflejara Su carácter y caminara bajo el gobierno de Su Reino. La Iglesia nació para portar gloria. No gloria humana, ni reconocimiento terrenal, ni admiración cultural, sino la gloria de Dios manifestada en medio de un pueblo transformado por Su presencia.

Sin embargo, una de las tragedias más profundas de este tiempo es que muchas veces la Iglesia ha aprendido a funcionar sin verdadera conciencia de esa gloria. Puede existir estructura, actividad, movimiento, recursos y visibilidad, pero aun así faltar aquello que le da verdadero sentido a todo: la presencia viva de Dios en medio de Su pueblo.

Porque la Iglesia nunca fue diseñada para sostenerse únicamente sobre métodos humanos; fue edificada para ser habitación del Espíritu Santo.

En **Éxodo 40:34 y 35** encontramos una escena profundamente poderosa. Después de que el tabernáculo fue levantado conforme al diseño de Dios, ***“la nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo”***. El objetivo final no era simplemente construir una estructura hermosa; era que Dios habitara en medio de Su pueblo. Todo el sistema del tabernáculo apuntaba hacia esa realidad: la presencia divina ocupando el centro.

Ese principio continúa siendo absolutamente esencial hoy. La Iglesia puede tener organización, programas y desarrollo visible, pero si pierde la gloria de Dios, pierde aquello que la diferencia verdaderamente del sistema del mundo. Porque lo único capaz de transformar genuinamente el corazón humano sigue siendo la presencia del Señor.

Moisés entendía esto profundamente cuando declaró: ***“Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”*** (**Éxodo 33:15**). Él había comprendido que ninguna promesa, conquista o bendición tenía valor real sin la presencia de Dios acompañando al pueblo. Esa es precisamente la diferencia entre una religión sostenida por esfuerzo humano y una comunidad verdaderamente marcada por la gloria.

La Iglesia primitiva caminaba bajo esa conciencia. No dependía únicamente de estrategias organizativas ni de recursos humanos; dependía profundamente de la obra del Espíritu Santo. En **Hechos 2** vemos una comunidad llena de reverencia, comunión, oración y sensibilidad espiritual. El

temor de Dios estaba presente. La gloria del Señor producía quebranto, unidad y transformación genuina. Y como resultado, el Reino avanzaba con poder.

Hoy muchas veces se busca crecimiento visible sin profundidad espiritual. Se desea expansión sin altar. Se anhela influencia sin quebranto. Pero el Reino jamás puede sostenerse correctamente sin la presencia de Dios ocupando el centro absoluto.

Una Iglesia marcada por la gloria no es simplemente una congregación emocionalmente intensa; es una comunidad donde Cristo verdaderamente reina. Donde el Espíritu Santo tiene libertad para confrontar, corregir y transformar corazones. Donde el pecado no es tolerado livianamente. Donde la santidad vuelve a ser honrada. Donde la adoración nace desde la reverencia y no solamente desde estímulos emocionales. La gloria de Dios jamás produce superficialidad.

Cada vez que en las Escrituras la presencia divina se manifestaba genuinamente, el resultado era humildad, quebranto y reverencia. Isaías cayó consciente de su necesidad de limpieza. Daniel perdió sus fuerzas. Juan cayó como muerto delante de Cristo glorificado. La verdadera gloria nunca alimenta el ego humano; destruye la autosuficiencia y devuelve al hombre a la dependencia absoluta de Dios.

Sin embargo, uno de los grandes peligros de este tiempo es intentar construir iglesias impresionantes exteriormente, pero vacías interiormente de la presencia del Señor. Y cuando la gloria comienza a retirarse, el hombre suele intentar reemplazarla mediante activismo religioso, entretenimiento o estrategias humanas. Pero nada puede sustituir la obra genuina del Espíritu Santo.

La gloria de Dios no puede fabricarse. No puede producirse mediante talento humano ni sostenerse únicamente mediante estructuras visibles. La presencia divina descansa sobre corazones rendidos, sensibles y reverentes delante del Señor.

Por eso el pecado de Acán afectó a todo Israel. Porque la presencia de Dios en medio del pueblo demandaba santidad. El Reino nunca fue diseñado para convivir cómodamente con aquello que contradice la naturaleza de Dios. Y aunque vivimos bajo la gracia gloriosa del Nuevo Pacto, el principio continúa siendo el mismo: Dios busca un pueblo limpio, sensible y apartado para Él.

Una Iglesia marcada por la gloria también es una Iglesia marcada por la oración. Porque toda verdadera manifestación del Reino nace primero en la comunión con Dios. **Hechos 4** muestra a los discípulos orando hasta que *“el lugar en que estaban congregados tembló”*. La gloria nunca fue resultado de entretenimiento espiritual; siempre nació de hombres y mujeres rendidos delante de la presencia del Señor.

Lamentablemente, una generación acostumbrada a la rapidez y a la estimulación constante suele tener dificultad para permanecer quieta delante de Dios. Pero las raíces profundas del Reino jamás se desarrollan en la superficialidad. La gloria requiere altar. Requiere intimidad. Requiere hombres y mujeres dispuestos a buscar más la presencia de Dios que la aprobación de las personas. El verdadero avivamiento nunca comienza en las plataformas visibles; comienza en corazones quebrantados.

Una Iglesia marcada por la gloria también desarrolla una cultura de honra. Honra la presencia de Dios, honra Su Palabra y honra la obra del Espíritu Santo. Porque donde desaparece la honra, inevitablemente también comienza a desaparecer la sensibilidad espiritual. El cielo entero funciona bajo una atmósfera de reverencia. Los ángeles cubren sus rostros delante de la santidad divina y los ancianos arrojan sus coronas delante del trono. Resulta alarmante que precisamente aquello que caracteriza al cielo muchas veces falte en la tierra.

La gloria de Dios también produce transformación visible. No se trata solamente de momentos intensos dentro de reuniones; se trata de vidas cambiadas por el poder del Reino. Personas restauradas, corazones sanados, pecadores arrepentidos y discípulos formados a la imagen de Cristo. Porque la presencia verdadera jamás deja intacto al hombre.

Malaquías 3:16 describe a un pueblo que *“temía a Jehová y pensaba en Su nombre”*. Y el Señor declaró que

esas personas serían especial tesoro para Él. El temor santo siempre atrae la atención del cielo. Dios sigue buscando hombres y mujeres que valoren Su presencia más que cualquier otra cosa.

Hoy la Iglesia necesita urgentemente volver a la gloria verdadera. No una gloria emocionalmente fabricada ni una espiritualidad superficial sostenida por estímulos pasajeros, sino la manifestación genuina de la presencia de Dios transformando profundamente a Su pueblo.

Necesitamos ministros que vuelvan a priorizar el altar secreto más que la exposición pública. Creyentes que amen más la presencia de Dios que el reconocimiento humano. Congregaciones donde la prioridad no sea simplemente llenar auditorios, sino levantar corazones rendidos delante del Rey. Porque el éxito visible jamás podrá sustituir la gloria de Dios.

Moisés prefería permanecer en el desierto con la presencia del Señor antes que entrar a la tierra prometida sin Él. Y quizás justamente allí se revela el verdadero corazón espiritual: cuando el hombre comprende que nada tiene valor real si la presencia de Dios no ocupa el centro.

La Iglesia no necesita desesperadamente más entretenimiento, más métodos ni más espectáculos religiosos. Necesita volver a ser marcada por la gloria.

Porque solamente una Iglesia llena de la presencia de Dios podrá mantenerse firme en medio de una generación confundida y espiritualmente superficial. Solamente una Iglesia que camina bajo el temor santo podrá reflejar correctamente el carácter del Reino. Y solamente una Iglesia rendida verdaderamente al Espíritu Santo podrá manifestar nuevamente el poder transformador de Cristo sobre la tierra.

El cielo todavía sigue buscando un pueblo que ame más la gloria de Dios que cualquier otra cosa. Y cuando una generación vuelve a colocar la presencia del Señor en el centro absoluto, el fuego del Reino comienza nuevamente a arder sobre el altar de los corazones.



Capítulo quince

ACOSTUMBRADOS O TRANSFORMADOS

Existe una diferencia inmensa entre convivir con las cosas de Dios y ser verdaderamente transformado por Su presencia. Y quizás una de las tragedias más silenciosas dentro de la Iglesia sea precisamente esta: personas que han estado expuestas durante años al Evangelio, a la Palabra, a la adoración y a la actividad espiritual, pero cuyo corazón nunca permitió que la gloria de Dios produjera una transformación profunda y genuina. Porque no todo aquel que permanece cerca del ambiente espiritual necesariamente vive rendido al señorío de Cristo.

El hombre puede acostumbrarse peligrosamente a la presencia de Dios sin permitir que ella gobierne realmente su vida. Puede aprender lenguaje espiritual, participar de reuniones, desarrollar ministerios e incluso experimentar momentos intensos de emoción religiosa, mientras interiormente continúa preservando áreas no rendidas al Reino. Y cuando eso ocurre, la familiaridad con lo santo comienza lentamente a reemplazar la verdadera comunión con Dios.

Ese fue uno de los dramas más profundos vividos por Judas. Pocas personas estuvieron tan cerca de Jesús como él. Caminó junto al Maestro, escuchó Sus enseñanzas, contempló milagros y convivió diariamente con la manifestación viva del Reino. Sin embargo, la cercanía exterior jamás produjo una verdadera transformación interior.

Judas estuvo expuesto continuamente a la gloria, pero nunca permitió que esa gloria quebrantara completamente su corazón. Y allí encontramos una advertencia profundamente solemne para esta generación: es posible convivir con lo santo sin ser verdaderamente transformado por ello.

La exposición espiritual, por sí sola, no cambia al hombre. Lo que transforma es la rendición del corazón delante de la verdad. Muchas personas escuchan continuamente la Palabra, pero sin permitir que ella confronte sus motivaciones más profundas. Participan de experiencias espirituales, pero conservan intacto el gobierno del yo. Y poco a poco, la sensibilidad comienza a apagarse mientras la costumbre religiosa ocupa el lugar de la verdadera vida espiritual.

Jesús habló acerca de esto cuando dijo: ***“Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí”*** (Mateo 15:8). El problema nunca fue solamente externo. Dios siempre miró más allá de las apariencias visibles y buscó la condición real del corazón humano. Porque el Reino jamás se estableció para producir una religión de hábitos

externos, sino una transformación interior gobernada por el Espíritu Santo.

Uno de los mayores peligros de acostumbrarse a Dios es perder la capacidad de examinar honestamente la propia condición espiritual. El hombre comienza a asumir que todo está bien simplemente porque continúa dentro del ambiente cristiano. Pero la actividad religiosa jamás reemplaza la comunión genuina con el Señor.

La iglesia de Sardis representa perfectamente este peligro. En **Apocalipsis 3:1**, Jesús declara: ***“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto”***. Qué descripción tan impactante. Exteriormente existía reputación espiritual, pero interiormente faltaba vida verdadera. Esa es precisamente la tragedia de una espiritualidad basada en apariencia y no en transformación genuina.

Hoy muchos desean ser identificados como cristianos, pero sin permitir que Cristo gobierne completamente sus decisiones, pensamientos y prioridades. Quieren los beneficios del Reino, pero no necesariamente el proceso de muerte del yo que el Reino demanda. Y mientras el hombre conserve el control de su propia vida, jamás experimentará plenamente el poder transformador de la presencia de Dios. Porque la gloria del Señor nunca fue dada simplemente para ser admirada; fue dada para transformarnos.

Pablo lo expresó de manera poderosa en **2 Corintios 3:18** cuando dijo que somos transformados ***“de gloria en***

gloria” contemplando al Señor. Esa es la verdadera esencia de la vida cristiana: una transformación progresiva producida por la obra del Espíritu Santo en el interior del hombre. Cada encuentro genuino con Dios debería producir más humildad, más santidad, más sensibilidad espiritual y más semejanza a Cristo.

Sin embargo, una generación acostumbrada al entretenimiento constante muchas veces busca solamente experiencias momentáneas sin disposición real a ser transformada profundamente. Se desea sentir algo, pero no necesariamente morir al orgullo, a la autosuficiencia o a los deseos de la carne. Y el problema es que el Reino jamás puede establecerse plenamente en un corazón que continúa resistiendo el gobierno de Dios.

La transformación verdadera siempre involucra rendición. Por eso Jesús declaró: ***“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo”*** (Juan 12:24). El Reino funciona mediante muerte y resurrección espiritual. El viejo hombre debe perder centralidad para que la vida de Cristo pueda manifestarse plenamente. Pero una generación obsesionada con proteger constantemente su comodidad emocional suele resistirse profundamente a ese proceso.

El problema no es solamente el pecado visible; muchas veces el mayor obstáculo es el ego no rendido. El hombre quiere seguir siendo dueño de sí mismo mientras intenta caminar dentro del Reino. Pero Cristo no vino simplemente

para ocupar un espacio dentro de nuestra vida; vino para ser Señor sobre toda ella.

Por eso el Evangelio nunca puede reducirse únicamente a información doctrinal o experiencias emocionales. El verdadero cristianismo implica una vida continuamente transformada por la presencia de Dios. No perfecta, pero sí rendida. No libre de luchas, pero sí sensible al Espíritu Santo y dispuesta a obedecer la voz del Señor.

Uno de los peligros más graves de esta generación es desarrollar inmunidad espiritual. Escuchar tantas veces la verdad que el corazón deje de reaccionar a ella. Participar de tantos cultos que la presencia de Dios deje de producir asombro. Escuchar tantas predicaciones sobre la cruz que el alma deje de quebrantarse delante del sacrificio de Cristo.

Y cuando el hombre pierde el asombro, comienza lentamente a endurecerse. **Hebreos 3:15** advierte: “*Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*”. El endurecimiento espiritual rara vez ocurre de manera repentina. Generalmente comienza mediante pequeñas resistencias continuas a la voz de Dios. El hombre posterga obediencias, justifica áreas ocultas y aprende a convivir con una espiritualidad superficial. Y poco a poco, la sensibilidad hacia la presencia del Señor comienza a desaparecer.

Pero el Espíritu Santo continúa llamando a la Iglesia a despertar. Todavía existe gracia para quienes reconocen honestamente su condición y vuelven nuevamente al altar.

Todavía hay restauración para aquellos que permiten que la verdad de Dios confronte profundamente sus corazones. Porque el objetivo del Señor nunca fue simplemente condenar al hombre, sino transformarlo a la imagen de Cristo.

Laodicea representa otro ejemplo profundamente actual. Jesús le dijo: ***“Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido... y no sabes que tú eres un desventurado”*** (Apocalipsis 3:17). Lo más peligroso no era solamente su condición espiritual, sino que no podía verla correctamente. La autosuficiencia había producido ceguera espiritual. Y quizás ese sea uno de los mayores peligros de acostumbrarse a Dios: perder conciencia de cuánto todavía necesitamos ser transformados por Él.

La verdadera vida espiritual jamás deja de depender de la gracia, del quebranto y de la obra continua del Espíritu Santo. Cuanto más conoce verdaderamente un hombre a Dios, más comprende cuánto necesita seguir siendo tratado, moldeado y transformado por Su presencia.

Por eso la pregunta final que este libro deja delante de cada lector no es simplemente cuánto conocimiento espiritual posee, cuántos años lleva dentro de la Iglesia o cuánta actividad religiosa desarrolla. La pregunta verdadera es mucho más profunda: ¿nos hemos acostumbrado a Dios o realmente estamos siendo transformados por Él?

Porque el peligro más grande no es solamente alejarse completamente del Señor, sino permanecer tan cerca de las cosas sagradas que terminemos perdiendo la capacidad de ser quebrantados, confrontados y transformados por Su gloria.

Pero aquellos que vuelven a contemplar a Cristo con reverencia, humildad y temor santo descubrirán nuevamente que Su presencia todavía tiene poder para cambiar completamente la vida humana.

Y quizás allí radique la esperanza de esta generación: volver a encontrarse no solamente con un mensaje acerca de Dios, sino con la gloria viva del Rey que todavía transforma profundamente a todo aquel que verdaderamente se rinde delante de Él.



CONCLUSIÓN

“Que nunca dejemos de asombrarnos”

A lo largo de estas páginas hemos recorrido una de las tragedias espirituales más silenciosas y peligrosas de este tiempo: la pérdida progresiva del temor santo delante de Dios. Hemos visto cómo una generación puede llegar a convivir con las cosas sagradas sin ser transformada por ellas, cómo el corazón puede acostumbrarse lentamente a la presencia divina hasta dejar de temblar delante de Su voz, y cómo la familiaridad espiritual puede apagar el asombro que alguna vez produjo quebranto, reverencia y hambre genuina por el Señor.

Pero en medio de este panorama también permanece una verdad gloriosa e inmutable: “Dios no ha dejado de buscar corazones sensibles a Su presencia”.

Aunque muchos hayan cambiado el altar por el espectáculo, la santidad por la comodidad y el temor santo por una espiritualidad superficial, el Espíritu Santo continúa llamando a la Iglesia a despertar. El cielo sigue buscando hombres y mujeres que vuelvan a honrar la presencia de Dios por encima de cualquier otra cosa. Personas que no solamente quieran hablar del Reino, sino vivir verdaderamente bajo el gobierno del Rey.

Porque el problema más profundo de esta generación nunca fue simplemente el avance del pecado visible, sino la

pérdida de sensibilidad espiritual dentro del corazón humano. Cuando el hombre deja de asombrarse delante de Dios, inevitablemente comienza a perder también la conciencia de Su santidad. Y cuando desaparece la reverencia, la carne ocupa lentamente el lugar que solamente pertenece al Espíritu Santo.

Sin embargo, todavía hay esperanza. El Señor nunca abandonó Su propósito de levantar una Iglesia llena de gloria, marcada por la santidad y gobernada por Su presencia. Cristo sigue edificando un pueblo que ame más el altar que el escenario, más la verdad que la aceptación cultural, más la presencia de Dios que cualquier emoción pasajera. Aun en medio de una generación distraída y superficial, todavía existe un remanente que anhela volver a temblar delante del Señor.

Quizás una de las señales más peligrosas de endurecimiento espiritual es precisamente dejar de extrañar la gloria de Dios. Acostumbrarse a una vida cristiana vacía de quebranto, de hambre espiritual y de reverencia. Aprender a convivir con reuniones sin presencia, con canciones sin adoración verdadera y con mensajes que entretienen pero no transforman. Porque el hombre puede adaptarse peligrosamente a una religión sin vida mientras el corazón se aleja lentamente del fuego del Reino.

Pero el Espíritu Santo continúa despertando un clamor en medio de Su pueblo. Un clamor por volver al altar de corazones encendidos. Por recuperar el temor santo, por

abandonar la liviandad espiritual, por volver a llorar delante de Dios, por dejar de jugar con aquello que el cielo continúa considerando sagrado.

La Iglesia necesita volver urgentemente a Cristo como centro absoluto. No a una versión humanizada del Evangelio adaptada a las preferencias culturales, sino al Rey glorioso que continúa llamando al arrepentimiento, a la santidad y a una vida completamente rendida a Su señorío. Porque el Reino jamás podrá manifestarse plenamente en una generación que desea la gloria sin la cruz, la presencia sin reverencia y la gracia sin transformación.

La cruz sigue siendo el umbral del Reino, porque allí muere el orgullo, allí cae la autosuficiencia, allí el hombre comprende nuevamente cuánto necesita la misericordia de Dios, y allí también comienza el regreso al asombro santo.

Cada vez que el corazón vuelve sinceramente al altar, el Espíritu Santo encuentra espacio para restaurar aquello que se había enfriado. Porque Dios todavía responde al quebranto. Todavía escucha el clamor humilde. Todavía derrama Su presencia sobre hombres y mujeres que reconocen cuánto necesitan Su gloria.

Quizás muchos hayan pasado años dentro de ambientes cristianos sin permitir que Dios transforme verdaderamente ciertas áreas profundas de sus vidas. Tal vez algunos se dieron cuenta, a través de estas páginas, de cuánto se habían acostumbrado a la presencia de Dios. Tal vez el

fuego del primer amor comenzó lentamente a debilitarse bajo la rutina espiritual, la costumbre religiosa o las distracciones de este mundo.

Pero hoy el Espíritu Santo sigue diciendo: “Vuélvete a mí”. Vuelve al temor santo, al altar del quebranto, a la reverencia, a contemplar la cruz con lágrimas sinceras, a escuchar la voz de Dios con un corazón humilde, a vivir consciente de que estás caminando delante del Rey eterno. Porque el Evangelio jamás fue diseñado para producir creyentes acostumbrados a Dios. Fue dado para formar discípulos transformados por Su gloria.

El cielo no necesita una Iglesia entretenida; necesita una Iglesia encendida. No necesita creyentes impresionados superficialmente por emociones pasajeras, sino hombres y mujeres profundamente rendidos al gobierno del Reino. No necesita plataformas llenas de protagonismo humano, sino altares llenos de la presencia de Dios.

La gloria del Señor todavía sigue siendo capaz de quebrantar corazones endurecidos. Todavía puede restaurar sensibilidad espiritual. Todavía puede producir arrepentimiento genuino en medio de una generación que perdió el temblor. Y todavía puede levantar una Iglesia que vuelva a caminar bajo el peso santo de Su presencia.

Quizás una de las oraciones más importantes que deberíamos hacer cada día sea esta:

*“Padre Eterno, te pedimos que nunca permitas que nos
acostumbremos a Tu presencia...*

Nunca permitas que Tu voz deje de estremecernos...

Nunca permitas que el pecado deje de dolernos...

Nunca permitas que la cruz deje de maravillarnos...

*Guárdanos sensibles a Tu Espíritu, humildes delante de Tu
gloria y quebrantados delante de Tu santidad..*

Te lo pedimos en el nombre de Jesús... ¡Amén!”

Porque el día que dejemos de asombrarnos delante de Dios, comenzaremos lentamente a endurecernos espiritualmente. Sin embargo, si contemplamos verdaderamente la gloria de Cristo, algo despertará cada día en nuestros corazones. La reverencia regresará en todo momento. El quebranto volverá a brotar. El temor santo será restaurado cada vez que sea necesario. Y el alma comprenderá nuevamente que nada en esta tierra puede compararse con caminar cerca de la presencia del Rey.

Que jamás lleguemos al punto de convivir con la gloria sin ser transformados por ella. Y que mientras tengamos vida, nunca dejemos de asombrarnos con temor reverente de la presencia del Rey de Gloria.



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

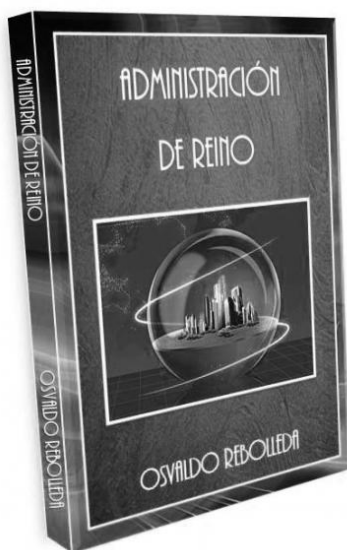
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

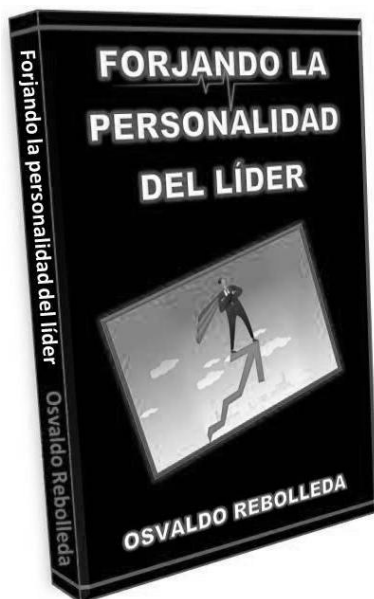
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

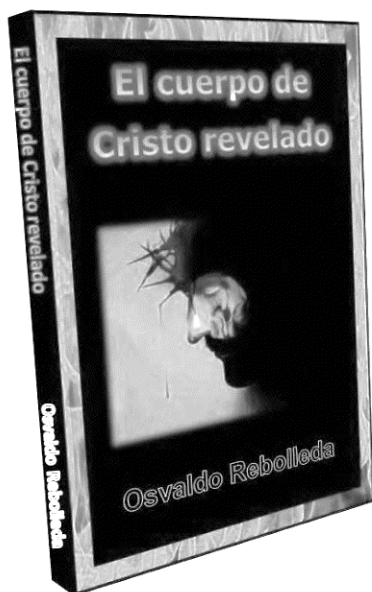
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

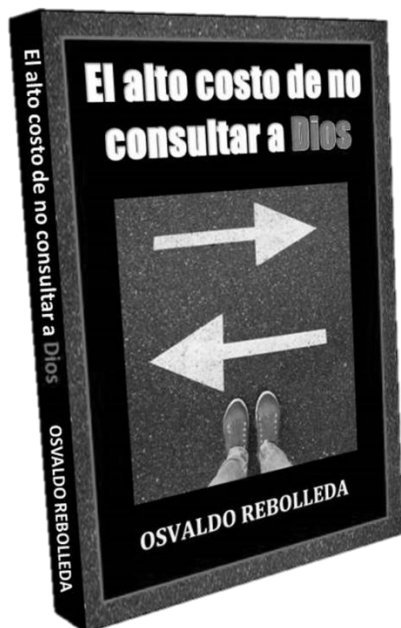


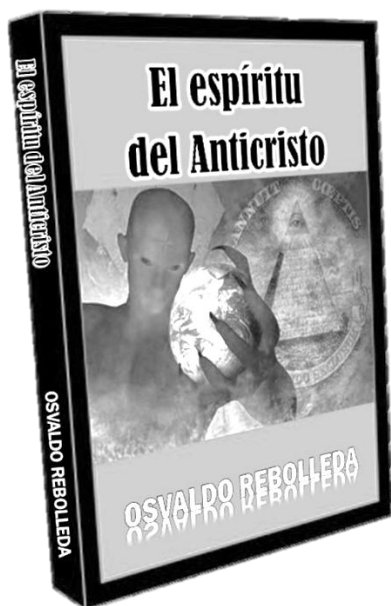
www.osvaldorebolleda.com



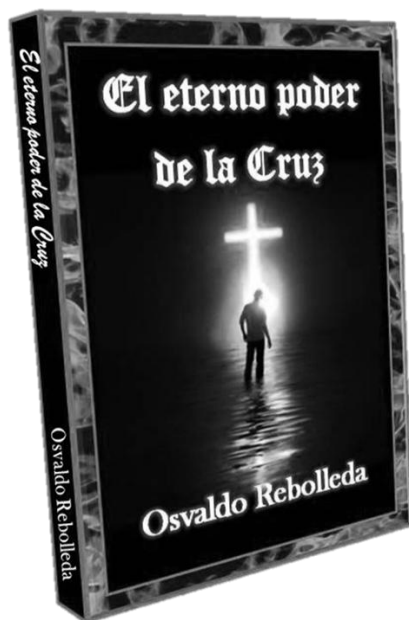
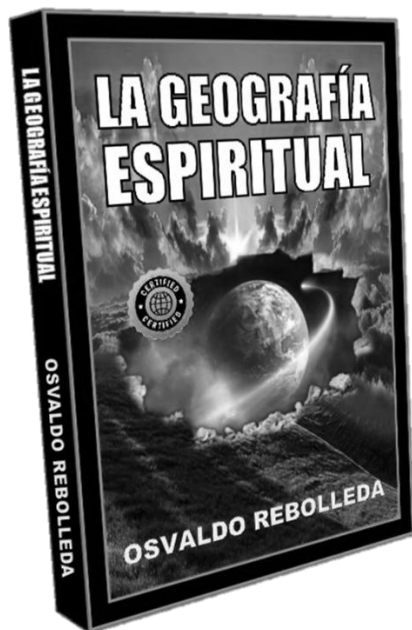


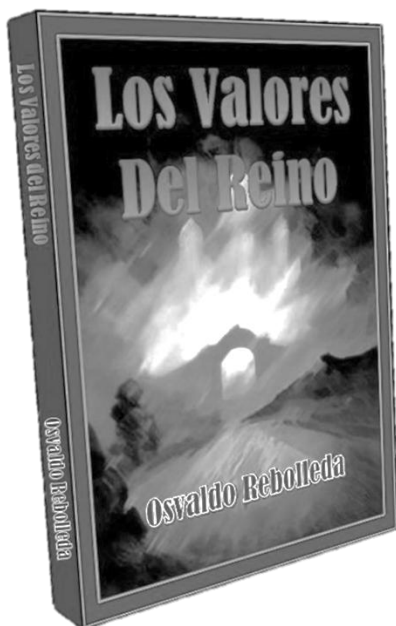
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

